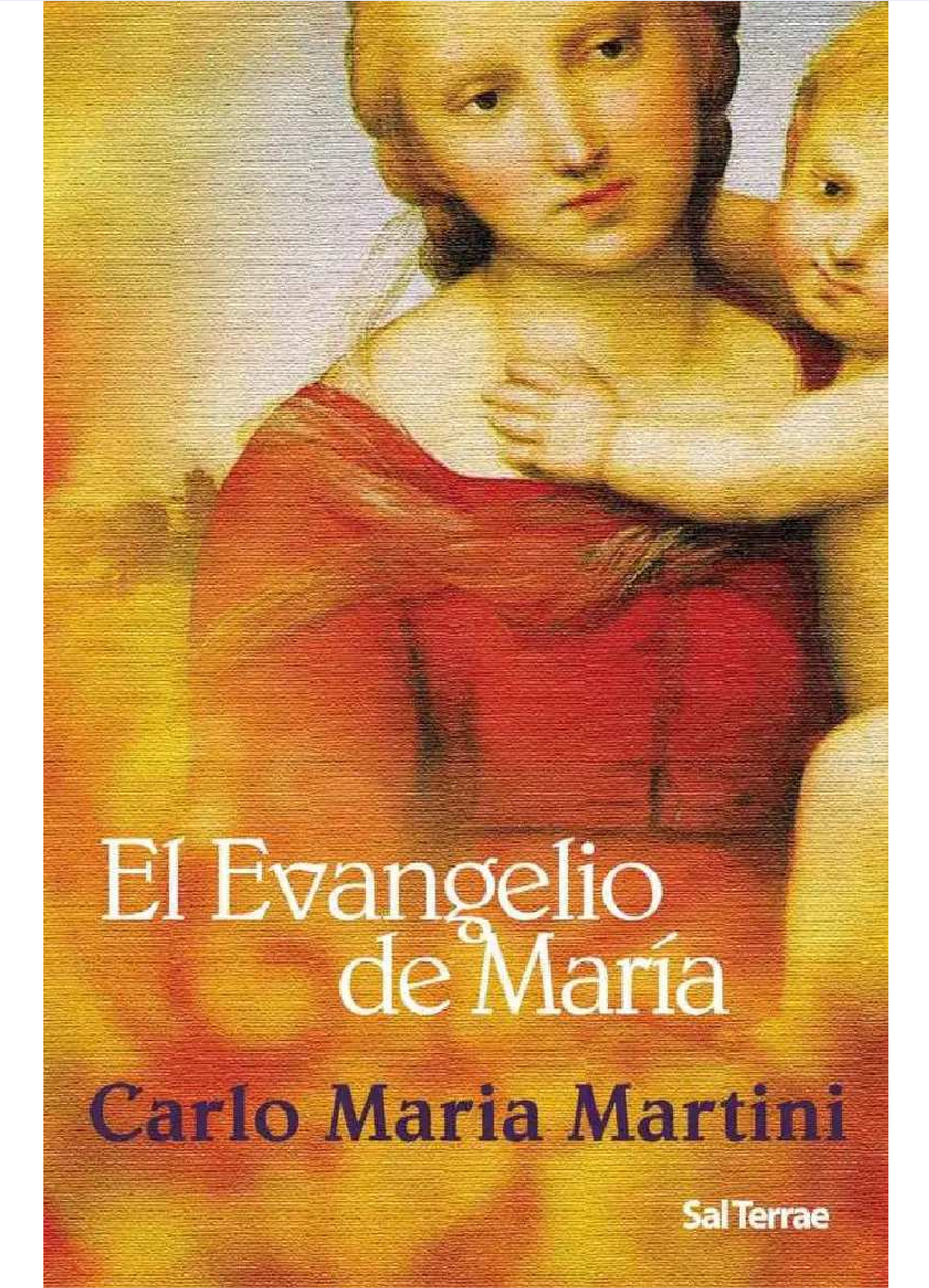

El Evangelio de María
Carlo Maria Martini
Sal Terrae

Colección

El Pozo de Siquem 239

Carlo Maria Martini

El Evangelio de María

Sal Terrae

Índice

Grupo de Comunicación Loyola
• Facebook / • Twitter / • Instagram

Título original:
Il Vangelo di Maria

www.ancoralibri.it

Traducción:
Ramón Alfonso Diez Aragón

Grupo de Comunicación Loyola
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria) – España
Tfno.: +34 94 236 9198 / Fax: +34 94 236 9201
info@gcloyola.com / www.gcloyola.com

Diseño de cubierta:
María Pérez-Aguilera

Edición Digital
ISBN: 978-84-293-2667-0

Prólogo

He acogido con alegría, y a la vez con temor, la invitación a presentar este texto del cardenal Carlo Maria Martini, que recoge páginas ya presentes en otras publicaciones, pero revisadas desde una perspectiva mariológica.

Releídas después de un cierto tiempo, renuevan el estupor y rejuvenecen el deseo de ser tomados de la mano por María para recorrer, con ella y como ella, nuestra peregrinación, siempre marcada por el misterio del amor de Dios, tanto en las horas de alegría como en las horas difíciles, y oscuras, de la noche.

Las palabras de María, su «no comprender», que, sin embargo, le hace decir: «Heme aquí, soy la sierva del Señor». (Lc 1,38), resuenan en el corazón con fuerte suavidad, y dan una nueva energía y vitalidad frente a las objeciones y las inevitables turbaciones que el misterio puede suscitar.

El cardenal Martini nos ayuda a recorrer de nuevo el itinerario de la Virgen María, haciendo que la sintamos cercana, hermana y madre. Sus reflexiones parten siempre de la Palabra, saboreada en profundidad, y nos hacen mirar a María como aquella en quien se ha realizado la síntesis entre Palabra de Dios y experiencia humana. La Palabra, que se engendra en María, en lo concreto de su humanidad, es la misma Palabra que nos indica también a nosotros la dirección del corazón.

A esta dirección le da el cardenal Martini el nombre de «opción fundamental», y esta expresión se ha de entender en sentido dinámico, «como una tensión viva de amor hacia la voluntad de Dios Padre, hacia lo que a Él le agrada; como una disposición que configura toda la vida»; es decir, que asume dimensiones y rasgos diversos en las diferentes edades de la vida, en los diferentes momentos y circunstancias que caracterizan la parábola de la existencia, hasta su cumplimiento, cuando «el Señor está desatando nuestros lazos, según su palabra» (Lc 2,29).

Esta opción fundamental expresa la tensión, el deseo de realizar una familiaridad con Dios, dentro de la cotidianidad de la historia y sus vicisitudes; dentro de un espacio

modesto o en medio de una metrópolis ensordecedora: porque el Hijo de Dios entra en todos los espacios donde se encuentra la humanidad.

El itinerario de María sigue el camino de su Hijo: del nacimiento, pasando por la cruz, a la resurrección. Y es paradigmático para nosotros. Nos enseña a devenir discípulos, a hacernos progresivamente discípulos y «servidores del Reino», como ella, a vivir la misión como servicio al Reino, dentro y para la comunidad de los creyentes, dentro y para toda la comunidad humana.

Es necesario, por tanto, que nos dejemos guiar por María; y esto da seguridad, deja libre el camino, nos capacita para repetir el «sí», el «heme aquí», también ante las sorpresas imprevisibles de Dios, también ante el desconcierto y la turbación.

María, temerosa por el hijo «perdido» (Lc 2,48), muy próxima a él y, sin embargo, en la sombra, con el corazón traspasado por el dolor al pie de la cruz es, por consiguiente, el alma, la voz, la expresión de nuestra humanidad, de todos nosotros: frágiles e inseguros, a menudo desconcertados y turbados. Y es también «la voz, la expresión de la vocación de su pueblo», dentro del cual vive su experiencia de fe.

«Por eso responde al Señor como persona singular y como virgen de Israel, hija de Sión», y de este modo vive «la triple conciencia de su relación personal de entrega a Dios, de la expresión coral de un pueblo y de la responsabilidad hacia todo aquello que es humano».

Éste es el hilo que parece tejer todas las meditaciones.

Al hablarnos de la Madre de Dios, el cardenal Martini no se separa nunca del texto de la Escritura: nos ayuda, nos induce a penetrar en su sentido, a verificar su concreción, a purificar la mirada y el oído para que la Palabra sea vista y oída en la riqueza de su verdad, sin edulcorarla o secuestrarla, absolutamente nunca.

Dentro de este tejido bíblico y teológico, el cardenal Martini puede detenerse también en el compromiso pastoral, ofreciendo a «sus» sacerdotes, y también a todos los creyentes, iluminadoras páginas de discernimiento sobre el modo mismo de vivir la relación con María: sin ambiguas exageraciones ni acríticas búsquedas de locuciones y apariciones extraordinarias, pero acogiendo su autenticidad, reconocida por la Iglesia.

Justamente estas puntualizaciones, pronunciadas en el Santuario de La Saleta, permiten la compresión profunda del misterio y del «evangelio» de María. También hoy.

El significado fundamental de la devoción a María, de la referencia a ella, consiste entonces en comprender e imitar su fe, vivida desde la asociación al misterio singular de su Hijo. Una fe transparente también en la noche, en la oscuridad, donde ella «comprende y no comprende el plan de Dios, pero se adhiere a él íntimamente, sin discrepancias».

La noche que nuestro tiempo vive como situación difusa atravesó también el corazón de María, en el sufrimiento y en la angustia, hasta la total expropiación. Pero ella se puso por entero en las manos de Dios, manos seguras en las que uno puede abandonarse con confianza.

Resulta entonces particularmente consolador y eficaz para nosotros dirigirnos a ella en la hora de la prueba y del dolor: para que se haga compañera nuestra en el camino, nos abra a la esperanza y siga enseñándonos que también el camino de la noche puede tener una gran fecundidad espiritual.

Se puede experimentar así, como afirma el cardenal Martini, «una relación auténtica con la Virgen, considerada como *imagen de lo femenino dedicado a Dios*».

Una intuición de sorprendente belleza. Una intuición que no sólo pone de relieve el alma femenina de María y, en ella, de la mujer rescatada de las humillantes dependencias de un machismo no cristiano, sino que también rehabilita y confirma el valor del sentir junto al rigor del pensar.

También en La Salette, el Arzobispo dijo a sus sacerdotes: «Con la ayuda de María, descubrimos que en nosotros existe el *animus* que proyecta, ejecuta con tenacidad y eficacia, que piensa, que intuye con el intelecto que razona, pero que existe también el *anima* que, en cambio, intuye con las razones del corazón, está llena de ternura y de afectividad en la relación con Dios y con los hermanos».

A esta síntesis, a esta irrenunciable unidad de vida, conduce el «Evangelio de María», que estas páginas revelan con la extraordinaria capacidad de persuasión que el cardenal Martini sabe transmitir siempre y por la que de nuevo le damos gracias.

DORA CASTENETTO

MEDITACIONES BÍBLICAS

1.
La sierva del Señor

Al querer reflexionar hoy sobre el cuadro evangélico de la anunciación, mi primer sentimiento es un deseo de permanecer en silencio.

Porque siento miedo de hablar, igual que Moisés tenía miedo de mirar la zarza ardiendo. Al principio se acercó con curiosidad –como escribe un Padre de la Iglesia: «curiosius desideras introire»–, pero luego se cubrió el rostro con la ropa por miedo a ver a Dios.

Es el mismo sentimiento que tengo yo ahora, pues la anunciación es como una zarza ardiendo: está todo en este misterio.

María, háblanos tú, porque nosotros no sabemos hablar de ti. Por eso, háblanos tú a nosotros. Nosotros intuimos que el misterio de la anunciación está unido al de la cruz: el uno explica al otro, uno es raíz del otro. Tú, que vives junto a la cruz la muerte de tu Hijo y el amor infinito del Padre por el hombre, enséñanos a comprender las raíces misteriosas de este amor, a penetrar en tu «sí» a la voluntad del Padre, de quien todo procede, a quien todo vuelve y al que todo nos lleva.

Una triple conciencia

Como es difícil meditar sobre todo el texto de la anunciación, propongo que tomemos en consideración simplemente la frase final: «Dijo entonces María: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra"» (Lc 1,38).

Estas palabras expresan indudablemente una conciencia de relación. Quien se define como siervo define la relación con otro.

A simple vista, resulta un poco problemático, pues parece darnos a entender una relación servil: la palabra exacta, efectivamente, es «esclava», en griego *doulē*. Pero si reflexionamos sobre el contexto espiritual y bíblico del que se desprende, comprendemos

que indica algo mucho más tierno y al mismo tiempo profundo. Las palabras de María son la respuesta a la expresión que leemos en Isaías: «He aquí mi siervo, a quien protejo; mi elegido, en quien mi alma se complace» (Is 42,1). La Virgen había saboreado ciertamente este texto del profeta Isaías, y ese versículo resuena en cada una de las fibras de sus palabras. Existe consonancia con la primera: «He aquí la sierva», y también con la segunda, en la palabra que pronuncia el ángel: «Has encontrado gracia ante Dios» (Lc 1,30).

María se define en relación con Dios porque él ha decidido establecer con ella una relación que parte de él, que él sostiene y en la que se complace.

Se da otra espléndida consonancia: «He puesto en él mi espíritu» (Is 42,1b). Y el ángel a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti» (Lc 1,35).

Se comprende, por tanto, a María en su respuesta: «He aquí la sierva del Señor», en el marco de las predilecciones de gracia y de misión en que se colocaba la figura del siervo de Yahvé.

Su conciencia es la del misterioso siervo, a quien Dios ama y elige para llenarlo con su Espíritu.

Esta conciencia no es sólo individual, sino de pueblo. María habla en nombre de su pueblo, cuya mejor expresión es ella, y esto lo vemos reflejado en las meditaciones de Isaías: «Mas tú, Israel, mi siervo [aquí siervo equivale a pueblo], Jacob, a quien yo elegí, raza de Abrahán, mi amigo... a quien llamé de remotas regiones, a quien dije: "Tú, siervo mío, yo te he elegido... no temas, porque yo estoy contigo"» (Is 41,8-10). Y el ángel dice a María: «El Señor está contigo… No temas, María» (Lc 1,28-30).

María vive su conciencia en unión con la del pueblo que se siente amado, que se sabe elegido, que experimenta que Dios lo sostiene.

Hay otras palabras de esta conciencia de pueblo en Isaías: «Porque yo soy Yahvé, tu Dios, el santo de Israel, tu salvador... No temas, pues yo te he redimido, te he llamado por tu nombre... Eres precioso a mis ojos» (Is 43,3.1.4). En el ánimo de María hay una entrega a Dios que es suya y es de todo el pueblo de Israel: María es el alma, la voz y la expresión de la vocación de su pueblo. Por eso responde al Señor como persona singular y como virgen de Israel, hija de Sión.

Detrás de la conciencia de pueblo está también la conciencia de humanidad, de pueblo para la humanidad: «Yo, Yahvé, te he llamado en la justicia, te he tomado de la mano y te he formado, te he puesto como alianza del pueblo y luz de las naciones, para

abrir los ojos a los ciegos, para sacar a los presos de la cárcel, del calabozo a los que habitan las tinieblas» (Is 42,6-7). «Mi siervo, el justo, justificará a muchos... Por eso le daré multitudes por herencia» (Is 53,11-12).

María vive en la onda de la revelación bíblica, actualizada en ella por las palabras del ángel. Vive la triple conciencia de su relación personal de entrega a Dios, de la expresión coral de un pueblo y de la responsabilidad hacia todo aquello que es humano.

Llegados aquí, podríamos detenernos y preguntarnos:

- *¿Cómo concibo mi vida?* ¿Tengo la conciencia de esta relación de dependencia, que es la que en definitiva diversifica la opción humana? Porque la opción humana, o es de recta dependencia de Dios, o bien es la opción que niega esa dependencia, que no sirve ni se somete. En este caso, la vida se desvía y desfigura con imitaciones malsanas del bien que pervierten el corazón, el espíritu y la sociedad.
- *¿Tengo conciencia de pueblo?* En primer lugar, del pueblo de María y de Jesús, pues no podemos separar nuestra identidad de la del pueblo judío. En la raíz abrahámica de todo cristiano está el lazo que nos une con el pueblo elegido, con el pueblo de la salvación que es el pueblo de María y de Jesús. La Iglesia se redescubre a sí misma siempre que reflexiona sobre los lazos que la unen a este pueblo, aunque estén sembrados de historias dolorosas y de crisis, pero precisamente por eso han de ser objeto de nuestra atención, vigilancia y afecto.
- Finalmente, *¿qué conciencia tengo de los pueblos?* La expresión justa es: *conciencia misionera*. Bien sabemos nosotros que toda la acción de la Iglesia tiene valor misionero, aunque se puntualice y subraye su expresión histórica y geográfica en las misiones extranjeras. Pero no hay distinción –como sucedía en otro tiempo– entre una Iglesia residente y una misionera. Es la Iglesia entera la que proclama la salvación a las gentes, y la acción misionera la conlleva la Iglesia en su naturaleza, en su cultura y en la dinámica misma de su vida. Es algo que requiere atención tanto de la acción misionera como de toda la acción pastoral para que encuentren su unidad.

El sacrificio cristiano

Reflexionemos ahora sobre la palabra de saludo, que más que un sí es una gozosa y afectuosa aceptación: «Hágase en mí según tu palabra». El verbo es optativo, desiderativo, expresa un sí que se dice con todo el corazón.

Cabe recordar la exposición de san Pablo sobre el espíritu de fe en los primeros once capítulos de la *Carta a los Romanos*. Dice con palabras distintas lo que hemos descrito como espíritu de fe evangélica del pecador rehabilitado y justificado por el amor de Dios.

Pablo concluye su larga exposición hablando, en los capítulos 12 al 15, del espíritu de sacrificio cristiano que genera el espíritu de fe evangélica y penitente: «Así que os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestro cuerpo como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: éste es el culto que debéis ofrecer» (Rm 12,1).

Como en el espíritu de fe resumió el Apóstol la vida interior del cristiano, su ejercicio de oración, de penitencia y de súplica, así ahora resume en el espíritu de sacrificio toda la moral cristiana.

Por eso prosigue: «Y no os adaptéis a este mundo, al contrario, reformaos por la renovación de vuestro entendimiento, para que sepáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable a él, lo perfecto» (v. 2). Estos dos versículos son la introducción al ejercicio de discernimiento del sacrificio cristiano.

Por eso considero útil, después de haber hablado del espíritu de fe evangélica, que reflexionemos ahora sobre el espíritu de sacrificio que resalta magníficamente en el «sí» de María. San Agustín, discípulo y profundo escrutador de san Pablo, define el sacrificio cristiano como «toda obra hecha para ponerse en filial comunicación de amor con Dios: el sacrificio es, por tanto, una Pascua, la entrada en la tierra divina».

Lo que cuenta en la concepción agustiniana –propia de toda la patrística– no es la acción, sino el fin de la acción. También el sacrificio es entonces gracia del Espíritu Santo que suscita en el ser humano redimido, a partir del espíritu de fe, el espíritu de sacrificio.

Con otras palabras, podemos decir que el sacrificio en sentido objetivo es el hombre mismo, que, movido por el amor, pasa de la atención a muchas cosas a la entrega única de su propia existencia a Dios, dando a su vivir el significado de un acto de amor: en eso está el sacrificio por excelencia.

Más aún, para llamado *cristiano* es preciso llegar al final de la reflexión, es decir, al sacrificio fundamental y principal, al del Calvario, en el que Cristo se ofrece para

conducir a toda la Iglesia, su esposa, a la gloria del Padre en la resurrección.

En la eucaristía, el sacrificio del altar es relativo al del Calvario y sitúa a quien participa en él con amor en la Pascua de Jesús.

Toda nuestra vida, como sacrificio cristiano, está, por tanto, en relación con la eucaristía, la cual, a su vez, está en relación con la cruz, sacrificio perfecto, entrega total de Cristo-hombre a la voluntad y al amor del Padre, y capaz de atraer hacia sí a toda la humanidad.

La opción fundamental

¿Cómo entra en nuestra vida cotidiana el sacrificio? Mediante una «acertada dirección del corazón», que en otros tiempos se llamaba «recta intención»: en ella se resume la ascética cristiana. El hombre que ha concentrado toda su existencia en la voluntad de querer agradar a Dios solamente, entra en el sacrificio de Cristo y, por tanto, en el reino del Padre; participa de la plenitud de Dios y hace que participen de ella las realidades que él santifica con una acertada dirección del corazón.

Después del sacrificio de Cristo, el «sí» de María es, evidentemente, la imagen, el comienzo, la continuación y la cima de toda la perfección humana y cristiana. El «sí» de María comprende la orientación de toda su vida según Dios y ratifica por anticipado todas las opciones de Cristo, desde Belén hasta la cruz. Por eso decía al comienzo de la meditación que la escena de la cruz está contenida en la anunciación.

La acertada dirección del corazón, en lo más esencial, tiene otro nombre: «opción fundamental». Pero es una opción que debe entenderse en sentido dinámico: no basta con realizarla una vez por todas. Es, más bien, una tensión viva de amor hacia la voluntad de Dios Padre, hacia lo que a Él le agrada, y es una disposición que configura toda la vida.

La opción, que se renueva en la oración y especialmente en la santa misa, es como una llama viva que da vigor y forma a todas las opciones morales para convertirlas en opciones cristianas.

Es importante vivir la moral como dinamismo, como tensión hacia el bien, hacia lo mejor, como entrega total al designio divino en el que el hombre encuentra su plenitud de hijo, su verdadera realización. La ausencia o el olvido de la conciencia dinámica de la moral conducen inevitablemente al achatamiento y al escrúpulo, a todas esas formas de

moralismo que se reducen a preguntarse si es más o menos lícita una acción y hasta qué punto debe o no hacerse. Todo eso tiene su valor lógico, pero resulta deprimente y poco auténtico para la vida humana, que es por sí misma tensión, don, entrega y gratuidad. Puede conducir a la mediocridad, a la tristeza, a la pereza y a la discusión. En las comunidades y en los grupos se convierte en litigio sobre privilegios, sensación de agotamiento o legalismo puro y simple.

Sin la dinámica de la opción fundamental se pierde la visión de conjunto, el verdadero significado de la existencia humana, que es agua viva que mana continuamente de arriba, no agua estancada.

Creo que muchos alejamientos de los confesonarios, por ejemplo, tanto de parte de los fieles como de los pastores, pueden explicarse con este achatamiento del dinamismo moral. Porque el sacramento de la penitencia tiene sentido y valor en la medida en que hace caminar al hombre del mal al bien, del bien a lo más perfecto.

Todas ellas son reflexiones que se desprenden del «sí» de María. Quien se siente movido por este «sí» busca siempre lo que agrada a Dios en todo. En otras palabras, practica el discernimiento.

En la *Carta a los Romanos*, el discernimiento sigue inmediatamente al sacrificio: «Ofreced vuestros cuerpos... para que sepáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable a él, lo perfecto» (Rm 12,1).

El discernimiento es muy distinto de ser puntilloso, propio de quien vive en el achatamiento legalista o con pretensiones de perfeccionamiento. Es un despliegue de amor que establece la distinción entre lo bueno y lo mejor, entre lo útil en sí y lo útil ahora, entre lo que en general puede marchar bien y lo que es preciso promover ahora. El discernimiento es fundamental en la acción apostólica, porque en ésta es preciso elegir lo mejor y no contentarse con hacer el bien, con decir una buena palabra, con ser buena persona. La falta de tensión para discernir lo mejor hace que la vida pastoral sea frecuentemente monótona, repetitiva: se multiplican las acciones religiosas, se repiten gestos tradicionales sin ver bien su sentido, simplemente para seguir una costumbre y hacerse irreprensible delante de Dios.

Especialmente los jóvenes sienten el gusto de una búsqueda dinámica y deben ser educados en el gusto por lo mejor y no sólo por lo bueno. La opción fundamental hacia la perfecta realización de la familiaridad con el Padre, en el Hijo, por gracia del Espíritu Santo, se expresa concretamente en los votos religiosos, que, inspirados en el «sí» de

María, deben vivirse también como pueblo y por todos los pueblos. Deben vivirse ahora y «en la hora de nuestra muerte».

La plenitud de la vida

Las palabras de María: «Hágase en mí según tu palabra» traducen la expresión griega «*kata to rema sou*». Esa misma expresión aparece también en el *Evangelio de Lucas*, en el episodio de la presentación de Jesús en el templo, cuando dice Simeón: «Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo ir en paz, según tu palabra» (Lc 2,29). En la traducción habitual, «ahora *puedes dejar*», parece como si Simeón pidiera algo. En realidad, el verbo griego está en indicativo, por lo que debería traducirse así: «Ahora, Señor, estás desatando mis lazos, según tu palabra, en el *shalom*». Simeón dice que el Señor le ha hecho tocar la cima de la plenitud, y es que la contemplación que hace del Niño, de la gloria de este Hijo para todas las naciones, para todas las gentes, es ya un anticipo de la plenitud de la comunidad cristiana después de la resurrección.

Simeón anticipa, diríamos, la plenitud que María lleva con su «*fiat*» en la maternidad divina. Y dice: tu palabra, Señor, me ha llenado, y ahora me encuentro contigo para siempre; para mí ya no hay ni muerte ni vida, todo el pasado fue preparación para este momento.

La muerte es la plenitud de la vida, es «los dolores del parto» en los que está para manifestarse la vida plena y en los que nuestro «sí» alcanza, en consonancia con el «sí» de María en la cruz, el «sí» de Jesús al Padre: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

Cada día morimos de alguna forma a las cosas, a la vanidad, a la mundanidad, a los deseos carnales y a la sensualidad.

Si vivimos el sacrificio espiritual según la invitación de Pablo: «No os adaptéis a este mundo» (Rm 12,2), morimos cada día y al mismo tiempo crecemos en la plenitud de la verdadera vida.

¡Que María nos acompañe muy de cerca en este camino que tiene en la muerte su momento culminante! Sabemos que es difícil vivir así la muerte; más aún, es imposible que el hombre lo consiga, porque todos nosotros nos acongojamos y nos horrorizamos ante la muerte y ante todo lo que la precede y anticipa, como la enfermedad, el fracaso, la soledad y la decadencia física.

Por eso debemos pedir en nuestra oración ojos y oídos nuevos para ver «la hora de nuestra muerte» desde el «*fiat*» de María hasta el «*nunc dimittis*» de Simeón y hasta las palabras mismas de Jesús: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

2.
La Visitación, misterio de encuentro

Introducción

La Visitación es, en efecto, un misterio de encuentro entre personas en la obediencia a la palabra de Dios; por tanto, podemos dar un subtítulo a nuestras jornadas: *la búsqueda de la voluntad de Dios en las relaciones y en los encuentros cotidianos*.

En realidad, el ministerio del presbítero –así como también la vida de fe de todos los creyentes– está totalmente entretejido de relaciones divinas y humanas.

- «Divinas» son las relaciones en las cuales mantenemos contacto con la Trinidad y con Jesucristo (oración, liturgia de las Horas, celebración de la eucaristía y de los sacramentos, *lectio divina*). Obviamente, siempre estamos en comunión con un pueblo; sin embargo, incluso en la eucaristía celebrada precisamente por un pueblo, prevalece la relación con el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo.
- «Humanas» son las relaciones en las que, aunque las vivamos en la presencia de Dios, prevalece el contacto de persona a persona o de persona a grupo (vida de la parroquia, oratorio, visitas a las familias, encuentro con los enfermos, dirección espiritual, confesión). Son muchas las relaciones que, desde el punto de vista fenomenológico, atañen sobre todo a la gente, aun cuando las dos dimensiones, divina y humana, se entrelazan y enriquecen mutuamente.

Preguntémonos: ¿cuál es el vínculo entre las relaciones humanas y las divinas? ¿Cuál es la conexión entre las relaciones humanas y mi camino espiritual, personal, con Dios? ¿Cuál es la influencia entre relaciones humanas y ejercicio auténtico del ministerio, o sea, cómo el ministerio, constituido por conexiones humanas, las vive auténticamente?

Son preguntas que hemos de tener presentes al leer los fragmentos bíblicos sobre los que nos iremos deteniendo, dejándonos guiar por un gran maestro de espiritualidad y humanidad: Francisco de Sales.

Confiemos nuestro trabajo a la protección del obispo de Ginebra, maestro ejemplar de relaciones humanas, perfecto gentilhombre y, al mismo tiempo, modelo de relaciones divinas. Releyendo sus cartas y reflexionando sobre su frenética actividad pastoral, es fácil comprender la delicadeza, la verdad, la precisión, la nobleza con que vivía todas las relaciones. Esto se manifiesta particularmente en las cartas que escribió a toda categoría de personas, de las más aristocráticas a las más humildes; en todas ellas se pone de manifiesto una actitud exquisita, gentil, reservada, afectuosa, de perfecto gentilhombre precisamente.

En el *Tratado sobre el amor de Dios*, el *Teótimo*, habla de manera admirable de la conexión inmediata con Dios y de cómo la relación con el Señor puede ser profunda, tierna, apasionada, constructiva y progresar casi sin fin. Cito un pasaje extraído de una carta que muestra perfectamente cómo vivía las relaciones bajo el primado de Dios:

> «Pienso que en el mundo no hay almas que amen más cordialmente, más tiernamente y, por decirlo de manera simple, más amorosamente que yo [...]. Lo que no es Dios no es nada para nosotros [...]. Es verdaderamente cosa maravillosa que consiga poner juntas estas cosas: tengo la impresión de no amar nada fuera de Dios y a todas las almas en Dios» («A Juana de Chantal», desde Annecy, 1620 o 1621).

Es una síntesis casi paradójica: sentía que amaba todas las relaciones humanas y, sin embargo, sabía que Dios es todo y que todo está bajo su primado. Una realización humana y divina como ésta merece ser subrayada y comprendida, porque es modelo luminoso para cualquier época.

Meditaremos, pues, sobre la figura de Francisco, pero a la luz del misterio de la Visitación, del que decía el santo a Juana de Chantal:

> «Hija mía, estoy totalmente absorto por el misterio de esta Visitación en la cual nuestro Salvador, como un vino nuevo, hace borbotar por todas las partes este afecto amoroso en el seno de su santa Madre» («A Juana de Chantal», julio de 1611).

El misterio de la Visitación (Lc 1,39-56)

Estilo y contenido del texto

El relato de la visita de María a su prima Isabel es presentado por Lucas en el capítulo primero, desde el v. 39 («Por aquellos días, María se puso en camino y se fue de prisa a la montaña») hasta el v. 56 («María estuvo con Isabel unos tres meses; después volvió a su casa»). Comprende el canto del *Magnificat*, que, sin embargo, no vamos a releer. Tradicionalmente, este pasaje es llamado «Visitación», aunque de por sí este término no aparece.

Sí se encuentra, en cambio, en otro contexto cercano: al comienzo del cántico de Zacarías, donde Dios es alabado porque ha visitado a su pueblo (Lc 1,68). La visita, por tanto, es ante todo, en el lenguaje bíblico, la visita de Dios, y al contemplar el misterio de la Visitación es necesario encuadrarlo en este misterio más amplio.

Es interesante observar que en griego «ha visitado» es *epesképsato*, y tiene relación con la figura del *epískopos*, del obispo; la figura del obispo es entendida, pues, con relación a su actividad fundamental, la de la visita pastoral.

El término es retomado al final del cántico de Zacarías: «Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará (*episképsetai*) el sol que nace de lo alto» (v. 78). El tema de la visita forma una inclusión al principio y al final del *Benedictus* y señala, por tanto, la gratitud, la alabanza y la acción de gracias a Dios por su visita.

Y Lucas, a quien le gusta utilizar este vocabulario, precisará aún mejor su sentido.

– En Lc 7,16, después de la resurrección del hijo de la viuda de Naín: «El temor se apoderó de todos, y alababan a Dios diciendo: "Un gran profeta ha surgido entre nosotros; Dios ha visitado (*epesképsato*) a su pueblo"». La visita anunciada en el cántico de Zacarías es la de Jesús que pasa por en medio de la gente curando y haciendo el bien.
– En Lc 19,44 reaparece el término, esta vez puesto en labios de Jesús cuando llora por Jerusalén: ¡Ay de ti, cuántos males se abatirán sobre ti, «por no haber reconocido el momento de tu visita (*tês episkopês sou*)»!

En el lenguaje lucano, está claro que la visita de María a Isabel es como el signo anunciador de la visita en cuyo centro está Jesús: «Bendito el fruto de tu vientre» (Lc 1,42). Es la visita que el Señor hace a su pueblo por mediación de María, que queda asumida en este misterio.

El episodio de la Visitación, en el sentido que he explicado, se podría describir así: el encuentro de dos madres que se reconocen, la una como madre del mesías y la otra como madre de Juan.

Estructura y «lectio»

Tras haber descrito el estilo general y el contenido del fragmento, lo releemos comenzando por subdividirlo en tres partes, según los cambios de sujeto: María (vv. 39-40), Isabel (vv. 41-45), María (vv. 46-56).

En los dos personajes, María e Isabel, aparecen Jesús y Juan.

> «Por aquellos días, María se puso en camino y se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel» (vv. 39-40).

- «Por aquellos días» se refiere a la palabra del ángel que, en su aparición a María, le había dicho a propósito de Isabel: «Ha concebido un hijo y ya está de seis meses». Aquellos días aluden a este sexto mes, y la indicación es retomada en el v. 56: «María estuvo con Isabel unos tres meses», en el último período del embarazo hasta el nacimiento del Bautista. Podríamos preguntarnos si María estuvo o no presente en el nacimiento. Por el texto parecería que no, porque anota: «Volvió a su casa». Sin embargo, sabemos que Lucas habitualmente toma los personajes uno por uno, y después los deja aparte para pasar a otro relato donde cambia el escenario. De hecho, sería extraño que María se hubiera marchado antes del nacimiento.
- «María se puso en camino»: las palabras son simples, pero la decisión de partir no fue ciertamente fácil. Era peligroso ponerse en camino en aquellos tiempos, en particular para una mujer sola y desposada, ligada a un hombre. Lo que contemplamos es un gesto de *libertad*; toma una decisión a la que se oponían numerosas razones.
- Está claro que María estaba impulsada por algo, y efectivamente el texto continúa: «Se fue *de prisa* a una ciudad de Judá». Comenta Ambrosio: «*Nescit tarda molimina Spiritu sancti gratia*», la gracia del Espíritu Santo no admite demoras. Intuimos que es el Espíritu quien mueve a María y le da tal libertad, tal creatividad para salirse de lo habitual. Quizá por esto el evangelista ha precisado la *prisa*. Intentemos hablar con María y preguntarle: ¿qué te hace moverte con tanta

rapidez?; ¿qué significa «de prisa»? Creo que entrando un poco más en el corazón de María, más allá de la acción del Espíritu que le infunde desenvoltura, libertad, creatividad, podemos percibir también su deseo de ver el signo que le confirmaría su misterio. El anuncio del ángel constituía un secreto muy pesado de vivir, un secreto difícil de comunicar, y da la impresión de que no lo había contado a nadie.

De ahí su necesidad de contrastarlo y de encontrar confirmación de la indicación temporal, siguiendo la estela de la voluntad de Dios.

Evidentemente, en María también estaba presente el deseo de servicio, de ayudar a su anciana prima. Ya comienzan a surgir los motivos de una relación humana verdadera y profunda, y son motivos de reciprocidad. Ella quiere dar ayuda y a la vez recibirla. María puede ofrecer ayuda porque comprende lo que ha acontecido en Isabel, sabe interpretarlo como un acontecimiento divino, mientras los circunstantes pensarían en una anomalía biológica (Lucas mismo dice que Isabel mantuvo oculto su embarazo). Sin embargo, también María espera ser comprendida. En una relación auténtica, se comprende al otro y se es comprendido a fondo. De esta reciprocidad en la relación es de donde, a mi parecer, brotará el *Magnificat.*

– «Una ciudad de Judá», hacia la montaña. No se precisa el nombre de la ciudad, pero debía de ser la bella localidad de Ain Karim, ubicada entre las colinas y el desierto, cerca de la ciudad de Jerusalén.
– «Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel». Un saludo a la manera oriental, con palabras amplias y deferentes, pero quizá también un saludo alusivo a la gracia recibida por Isabel, al don del niño. Así, María suscita, o mejor, hace estallar la alegría de su prima; es verdaderamente un encuentro de almas.

> «Y cuando *Isabel* oyó el saludo de María, el niño empezó a dar saltos en su seno. Entonces Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó a grandes voces: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? Porque en cuanto oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno. ¡Dichosa tú que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”» (vv. 41-45).

La reacción de Isabel queda recogida por el texto en tres acontecimientos simultáneos: la audición del saludo; el sobresalto del niño en el seno; la plenitud de

Espíritu que la colma. Un triple efecto benéfico de la relación profunda y auténtica instaurada por María con su saludo. De tal relación surgen dos profecías. La *presencia de Jesús* en María, que pone en el saludo tanta verdad, belleza, capacidad de comunicación, permite a Juan reconocer a Jesús; además, *Isabel está colmada de espíritu profético* que le hace comprender el significado del momento y la maternidad de la joven prima. Todo ello desborda una relación basada puramente en la sintonía psicológica; indudablemente es un misterio de profecía, pero que atraviesa los caminos de la relación humana. Un misterio llevado por Jesús mismo, revelador del sentido de la vida, que manifiesta el sentido de las pequeñas vicisitudes familiares cotidianas dándoles un horizonte de salvación.

Y el efecto del Espíritu, que llena a Isabel, es la explosión en un gran grito de bendición y de bienaventuranza: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre [...] ¡Dichosa tú que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá». ¡Cuánta riqueza se encierra en este canto de alabanza! Con razón Francisco de Sales vibraba al meditar tal misterio y quería que sus hijas fuesen colmadas por el Espíritu de profecía, de alegría, de simplicidad, de exultación, de penetración de los corazones, que llena a Isabel.

– «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre». Isabel sabe que María es madre, ha comprendido lo que antes no sabía y de lo cual María no había hablado con nadie.
– «Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme?»: es una exclamación de humildad, es el reconocimiento de que la maternidad de María es sublime.
– «Porque en cuanto oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno»: Isabel ve en el hecho biológico una conexión con su hijo Juan.
– Y ha intuido que cuanto ha acontecido en María está ligado a la fe, a un mensaje divino: «¡Dichosa tú que has creído!».

Es sorprendente la comprensión a la que ha llegado esta mujer sencilla, a partir del saludo de María.

Se nos presenta aquí la totalidad del misterio mariano: María y Jesús, María y Juan, María en su fe, María en su maternidad, María en su obediencia a la voz de Dios.

Podemos decir que precisamente aquí, en un texto del Nuevo Testamento, da comienzo la devoción a María por el puesto que ocupa en el cuadro de la salvación; devoción expresada por una criatura humana.

En el episodio de la Anunciación contemplamos el misterio de María vivido por ella; en el episodio de la Visitación contemplamos a otra mujer que lo reconoce y lo alaba. Es la primera de todas las personas que, de generación en generación, la «llamarán dichosa» (Lc 1,48).

Isabel la pone incluso en relación con Abrahán, el padre de la fe, que creyó en el cumplimiento de las promesas divinas.

Por tanto, de un saludo, de un encuentro, de una relación de bondad, de deferencia, de respeto, ha nacido un gran misterio.

«Entonces *María* dijo: "Mi alma glorifica al Señor..."» (vv. 46-56).

La parte más hermosa del relato, que no podemos meditar, sino tan sólo examinar por encima, es cuanto sucede en María, que ha vivido en su corazón, hasta el momento de la visita a su prima, un secreto inefable, pero humanamente pesado y aplastante.

También nosotros hemos tenido que cargar con pesos opresivos que no podíamos comunicar: problemas, sufrimientos sin límites que otros nos han confiado o nos han dejado entrever. No debería resultarnos difícil, por tanto, comprender que María tenía un secreto muy hermoso y, sin embargo, pesado: su virginidad, la relación con José, las nuevas circunstancias de su vida, el misterio en que comenzaba a entrar y que habría de manifestarse plenamente con la cruz y la resurrección de su Hijo. Y hete aquí que, de golpe, se siente comprendida, advierte que otra persona, sin necesidad de explicaciones, sabe de su secreto, se lo confirma, le asegura que ha hecho bien al fiarse, casi como si le dijera: «Ánimo, te he comprendido, no tengas miedo, estás en el camino correcto, yo misma voy a tener un hijo».

María estalla, a su vez, en canto y expresa todo lo que había guardado para sí porque nadie podía comprender su significado.

El *Magnificat* es el punto culminante de una relación buena que ha permitido que saliera a la luz lo que María tenía en el corazón.

Pensemos en las muchas cosas de nuestra vivencia que tienden a aplastarnos y que después, cuando encuentran un desahogo auténtico, se revelan como fuentes de verdad.

Puntos de meditación

Con el deseo de ayudar a vuestra oración y vuestro ejercicio de reflexión orante, me dejo guiar por alguna expresión de Francisco de Sales ofreciéndoos tres puntos para la *meditatio*.

1. «[María] con pocas pero excelentes palabras, derramaba de sus labios sagrados miel y bálsamo precioso [porque] estaba llena de Jesús» («A Juana de Chantal», julio de 1611).

Con su típica simplicidad, Francisco intenta describir el misterio de la Visitación.

Traduciendo para nosotros estas palabras, podemos decir que la relación pastoral, de la que es modelo el encuentro entre María e Isabel, es una relación *constructiva*, es decir, que tiende a dar sentido a los acontecimientos de la cotidianidad, a menudo banales, repetitivos, a veces pesados, punzantes o agotadores. La relación pastoral, en cambio, pretende crear motivos de significado, de modo que las vicisitudes de cada día –como la de un encuentro entre dos madres– se muestren ricas de aperturas, de esperanza.

Es además una relación *consoladora*, que revela la salvación escondida en los pliegues más oscuros de la cotidianidad y muestra cómo en todo hay un sentido, una salvación y, por tanto, vale la pena vivir también los esfuerzos y las dificultades. La relación pastoral, de hecho, es fruto de Jesús en el corazón (María «estaba llena de Jesús»), de Jesús que realiza la salvación en mí e imprime significado en mis acontecimientos; por eso me es más fácil comunicar significado a las vicisitudes de los otros.

A este propósito, viene a la mente la anotación de Pablo en la *Carta a los Filipenses*. Tras el maravilloso himno cristológico –quizá el más elevado del Nuevo Testamento– que expresa de la manera más sublime las consecuencias de la fe («Tened, pues, los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza...»: Flp 2,5-7), el Apóstol se preocupa de la cotidianeidad y escribe: «Amados míos, vosotros que siempre me habéis obedecido, hacedlo también ahora que estoy ausente, [...] y esforzaos con santo temor en lograr vuestra salvación. *Hacedlo todo sin murmuraciones ni discusiones*» (2,12.14). Parecería una anotación de poca importancia, pero leída a la luz del himno del abajamiento y

exaltación de Jesús, subraya cómo el cuadro de sentido de Jesús muerto y resucitado es capaz de hacernos comprender el valor de la cotidianidad.

Vivir la cotidianidad lamentándose continuamente de Dios, de cuanto sucede, de los demás, es exactamente lo contrario de hacer todo sin murmuraciones ni discusiones. Y esta observación de Pablo se aplica también al misterio de la Visitación: «haced todo sin murmuraciones ni discusiones», es decir, encontrad la alegría íntimamente enraizada en las pequeñas vicisitudes de cada día, contemplándolas en el interior de un misterio más grande.

Es un primer efecto de este misterio: María «derramaba de sus labios sagrados miel y bálsamo precioso», que curaban las heridas cotidianas y hacían ligero el peso de cada día.

2. «La santa Virgen no fue a visitar a su parienta Isabel más que por impulso de caridad y humildad» («Exhortación XLVII, Para el día de la Visitación de María Virgen»).

El impulso de María que, como hemos intentado comprender, procedía también de un deseo de encontrar confirmación de su secreto, es de todos modos conforme en todo a la voluntad de Dios. Traduciendo para nosotros la expresión del santo, podemos recordar que *la relación pastoral constructiva es la que busca en todo contacto la voluntad de Dios*, no está movida por otros fines y sabe reconducir todo a Dios.

Tal relación comprende un doble elemento: por una parte, nos sentimos plenamente abandonados a Dios, y se nos remite a los demás porque Dios lo quiere; por otra parte, el ser movidos por la voluntad de Dios enriquece tan profundamente las relaciones que las hace extraordinariamente afectuosas. Ese es el modo en que las vivía Francisco de Sales, como lo atestiguan numerosas cartas. Recuerdo, entre otras muchas, una carta a la baronesa de Chantal, en la cual, refiriéndose a las decisiones que habían tomado juntos tras la muerte del barón, escribe:

> «No podríais creer cuánto se confirma mi corazón cada vez más en nuestras resoluciones y cómo todo concurre a confirmarlo aún más. Experimento una suavidad extraordinaria por tales resoluciones, lo mismo que por el amor que os tengo, y amo este amor de manera incomparable; es fuerte, amplio, sin medida ni reserva, pero dulce, fácil, purísimo y serenísimo. En una palabra, si no me engaño, es un amor que vive sólo en Dios. ¿Por qué, pues, no habría de amarlo? Pero, adónde voy? No pretendo volver más sobre estas palabras, que son demasiado

verdaderas y privadas de todo peligro. Dios, que ve todos los recovecos de mi corazón, sabe que en esto no hay nada que no sea por él y según él, sin el cual no quiero ser nada para nadie, como no quiero que nadie sea nada para mí. Pero en él me propongo, no sólo conservar, sino alimentar, y muy tiernamente, este afecto único» *(«A Juana de Chantal», desde Thonon, 7 de julio de 1607).*

San Francisco muestra cómo todo viene de Dios y cómo se vive todo con fuerza y con verdad.

El tercer punto para la *meditatio* me lo ha sugerido la bienaventuranza proclamada por Isabel: "¡Dichosa tú que has creído!"» (Lc 1,45).

Traduzco para nosotros: la fe en la salvación de Dios, por tanto *el primado de Dios, está también en la base de las relaciones auténticas del ministerio*, las permite y las mueve aun en los momentos de fatiga y de prueba.

Quisiera concluir, pues, con un texto de Pablo donde, después de haber enumerado las debilidades del apóstol –«...este tesoro lo llevamos en vasijas de barro... estamos... acosados... en apuros... perseguidos... derribados... llevando siempre y por todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús...» (2 Co 4,7-10; cf. vv. 11-12)–, afirma:

3. «Pero como tenemos aquel mismo espíritu de fe del que dice la Escritura: "Creí y por eso hablé", también nosotros creemos y por eso hablamos, sabiendo que el que ha resucitado a Jesús, el Señor, nos resucitará también a nosotros con Jesús y nos dará un puesto junto a él en compañía de vosotros» (2 Co 4,13-14).

De esta fe, de la fe de María, nacen las palabras auténticas que entran después en un dinamismo pastoral capaz de hacer nacer la profunda comunión de corazones vivida entre María e Isabel y que es posible en las realidades pastorales del ministerio pastoral y, más en general, del testimonio cristiano.

3.
En busca de Jesús

¡Te pedimos, María, que nos ayudes a reflexionar sobre un episodio tan doloroso y misterioso de tu vida! Tú nos has enseñado que, para comprender el misterio de tu presencia junto a la cruz, debemos verlo a la luz de otros misterios de tu vida, y vemos algo de tu sufrimiento anticipado en los días en que buscabas a Jesús en Jerusalén. Al tratar de penetrar en este misterio, te pedimos que podamos venerar tu secreto con amor y humildad. No queremos hurgar en los meandros de tu psique; lo único que deseamos es que nos ilumine tu camino para comprender las palabras que tú dijiste, porque al decirlas nos confiaste el modo de saborear su sentido. Concédenos que participemos en el amor materno con que viviste la oscuridad y el sufrimiento en unión con tu Hijo.

Haz que no haya en nuestra búsqueda nada que sea indiscreto o excesivo, sino que todo sea alabanza, respeto y reverencia hacia el misterio viviente que eres tú y hacia el misterio que somos nosotros, tus hijos, que ahora nos inclinamos sobre tu camino. Amén.

El cuadro evangélico sobre el que queremos reflexionar es «la pérdida de Jesús en el templo» (Lc 2,41-52), texto que desafía nuestra capacidad interpretativa y nos reta íntimamente.

> «Los padres de Jesús iban cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron, como era costumbre, para la fiesta, y pasados dos días, al regresar ellos, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres se dieran cuenta. Creyendo que iba en la comitiva, anduvieron una jornada y lo buscaron entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén en su busca. A los tres días lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Todos los que lo oían estaban admirados de su inteligencia y de sus respuestas. Al verlo, se quedaron maravillados, y su madre le dijo: "Hijo, ¿por qué has hecho esto? He aquí que tu padre y yo te buscábamos angustiados". Les contestó: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo

ocuparme en los asuntos de mi Padre?”. Y ellos no comprendieron lo que les decía. Descendió Jesús con ellos, fue a Nazaret, y les estaba sumiso. Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2,41-52).

Sugiero que se haga una *lectio* del texto, escogiendo algunas palabras, una tras otra, y preguntándonos qué es lo que nos dicen.

También hemos de tener presente algún resultado del análisis exegético. Investigadores como Laurentin y Feuillet, que han reflexionado mucho sobre esta página del Evangelio, están de acuerdo en afirmar que tiene sabor al *Evangelio de Juan*; es decir, contiene conceptos y palabras que tienen el aspecto, la resonancia, la profundidad de los conceptos y las palabras del cuarto Evangelio.

Más aún, los exegetas afirman que este texto sugiere los principales misterios cristológicos: paternidad y filiación divinas, muerte y resurrección de Jesús. Es una meditación anticipada sobre la pasión y sobre el misterio de Cristo. Al mismo tiempo, señala la dificultad del hombre para acoger el misterio de Dios en su historia concreta. María ya había aceptado con su «sí» el misterio de Dios encarnado en la historia, al menos en su proclamación global. Pero en este episodio María encuentra dificultad, como los demás hombres, para aceptar que el misterio de Dios, acogido genéricamente, es distinto de como nos lo esperábamos. ¡Es la misma dificultad que nosotros encontramos para aceptar a la Iglesia tal y como es, que Jesús se haya manifestado de esa manera y no de otra, que el misterio de nuestra vida no sea como nosotros quisiéramos!

El texto nos conduce, por tanto, a los límites del secreto personal de María, a esa línea en la que temeríamos adentrarnos si ella misma no nos tuviera bondadosamente de la mano y no nos confortara con el perdón de las desafortunadas palabras que podemos decir y con la ayuda que presta a nuestro corazón para que las pronunciemos.

Jerusalén y la Pascua

«*Iban cada año a Jerusalén*». Jerusalén es una palabra mágica para los judíos. Hoy mismo sigue siendo símbolo de una realidad, de una existencia, de una historia y de una esperanza. El evangelista, para subrayar la importancia del tema, repite tres veces el nombre de Jerusalén: «Iban cada año a *Jerusalén*... el niño Jesús se quedó en *Jerusalén*... volvieron a *Jerusalén* en su busca».

Debemos reflexionar sobre esta palabra, y no sólo sobre su significado de lugar central de la historia salvífica, sino también como uno de los polos de la historia de la infancia y luego de la vida de Jesús.

La infancia de Jesús comienza en Jerusalén, en el templo, con la aparición del ángel Zacarías. Luego se traslada a Judea, a la casa de Zacarías, y a continuación a Nazaret, a casa de María, para volver nuevamente a Judea cuando María va a casa de su prima Isabel; luego asistimos en Belén al nacimiento de Jesús, y en Jerusalén tiene lugar más tarde la presentación en el templo. Se vuelve a Nazaret y más tarde a Jerusalén, donde se concluye con el episodio que estamos meditando.

En suma, *la historia de la infancia de Jesús comienza en Jerusalén, tiene en Jerusalén su cima con la presentación en el templo y termina en Jerusalén.*

En Jerusalén *terminará*, según la narración del evangelista Lucas (cap. 24), *la vida terrena de Jesús*.

En Jerusalén comenzará la historia de la Iglesia (Hch 1), que se extenderá hasta los confines de la tierra.

La «ciudad santa» es así el lugar de la revelación del designio de Dios, donde comienza este designio, donde alcanza su cima y desde donde se extiende. De ahí que se mantenga como el icono de la manifestación de la gloria divina en la historia.

En este episodio, por tanto, Jesús revela algo de su misterio.

«*Por la fiesta de la Pascua*»: otra expresión riquísima de significado. La fiesta de la Pascua es la gran fiesta central de los judíos (ésta es la primera mención que Lucas hace de la Pascua y anuncia la última Pascua de Jesús). Podemos decir que la vida de Jesús se encuadra entre esta Pascua que vivió de niño y la última, la de su muerte. Para la comunidad primitiva que escuchaba y repetía la narración evangélica, saber que Jesús estuvo en Jerusalén para la fiesta de la Pascua equivalía a percibir toda la potencialidad del misterio pascual que estaba a punto de manifestarse.

La fiesta es el telón de fondo del episodio, y es seguro que Jesús la vivió con una profunda e intensa conmoción, presagiando misteriosamente que era el pródromo de su «paso» al Padre, paso que resumiría y daría cumplimiento a los signos de esta Pascua suya de adolescente.

«*Pasados los días de la fiesta... el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres se dieran cuenta*». El verbo «*se quedó*» es en griego «*upémeine*», que quiere decir «perseverar», continuar una acción que puede ser difícil, pero también importante. De ahí procede el sustantivo «paciencia», «*upomonē*», y la raíz del verbo es «permanecer», «*ménein*». La relación sutil, filológica, con el *Evangelio de Juan* nos hace reflexionar. «Permanecer» es un verbo típico en el *Evangelio de Juan* y expresa la permanencia del Padre en el Hijo, del hombre en el Hijo, del hombre en la Palabra.

En este permanecer de Jesús en el templo hay un «demorar»: hace de Jerusalén su habitación porque es su sitio, tiene algo que ver con él, en su ambiente natural (y luego dirá por qué). Se alude aquí ya a la misteriosa relación de afinidad y de permanencia entre Jesús y el templo.

La irresistible atracción de Jesús por el templo contrasta con la no comprensión de sus padres: «*Sin que sus padres se dieran cuenta*», en griego «*ouk égnōsan*», no lo conocieron, no lo supieron.

Nos encontramos ante un gran misterio. No es poca cosa lo que le ha sucedido a María; las madres suelen saber lo que atrae a sus niños y saben dónde pueden haber ido cuando, eludiendo su vigilancia, se han alejado. Es verdad que un muchacho de doce años, especialmente en el mundo oriental, tenía cierta autonomía, pero era, por lo que parece, la primera vez que iba a Jerusalén, y sus padres deberían haber estado atentos.

Se diría –y me cuesta un poco decirlo– que José y María han perdido la visión de conjunto, que se han dejado escapar lo esencial. ¿Cómo es posible –nos preguntamos– que no comprendieran la fuerza de atracción que ejercía el templo sobre Jesús? ¿Cómo es posible que no comprendieran la irresistible fascinación que podría clavar a Jesús en el templo?

En busca de Dios

«*Creyendo que iba en la comitiva, anduvieron una jornada y lo buscaron entre los parientes y conocidos*». El verbo «creyendo» parece reforzar la idea de que los padres no pensaban mínimamente que Jesús se quedara en Jerusalén. La traducción «lo buscaron» parece dar a entender que José y María pasaron un día divertido, sin preocuparse del muchacho, y que sólo por la tarde se preguntaron dónde se encontraba. Pero el texto griego nos presenta el hecho de manera algo distinta: los padres ven que no está, se

preguntan dónde se pueda encontrar Jesús, pero está claro que la caravana debe seguir adelante. Lo buscan, por tanto, mientras avanza la caravana, y cuando comprueban la ausencia del muchacho, ya ha caído la tarde. Por otra parte, parece extraño que José y María hayan buscado soluciones que no nos resultan evidentes porque no conseguimos imaginar que Jesús pudiera ir hablando de un sitio para otro.

¿Qué nos dice la actitud de los dos progenitores? Todos solemos perder alguna vez el sentido de la situación, sin culpa alguna por nuestra parte, porque no nos damos cuenta. No siempre conseguimos valorar la totalidad de los acontecimientos y llega el momento en que nos golpeamos el pecho porque no nos percatamos de algo que, por pura lógica, no debería habérsenos escapado: teníamos mucho que hacer aquel día y no estuvimos atentos a aquella persona, mientras que lo normal hubiera sido haberlo hecho, etcétera.

María participa de nuestra fragilidad porque pasó por este momento de pérdida del sentido global de la situación. Tal vez hubiera sido suficiente que hubiera mantenido una actitud de mayor reflexión: ¡estaba tan inmóvil en el templo y era tan difícil arrancarlo de él, que es fácil pensar que se haya quedado allí!

Si María vivió un momento tan duro de disgusto, de humillación y de dolor, también nosotros debemos saber perdonarnos, también nosotros debemos entender que nuestra pobre naturaleza no consigue con frecuencia captar, por más que se esfuerce, el auténtico centro de la situación. María nos da la mano y nos enseña a ser humildes y a aceptar la humillación que puede llegarnos de la gente que critica nuestro fallo, nuestra escasa capacidad de intuición, nuestro olvido, nuestra falta de atención con una determinada persona en una circunstancia importante.

Tal vez la gente de la caravana criticó a María: «También a ella le ha tocado, no le iba a ir siempre bien…». Aquí María está realmente *en* su pueblo: vive, participa, sufre, es criticada, se siente perdida, de alguna forma culpable: ¿Qué es lo que he hecho? ¿Cómo ha sido posible?

«*Lo buscaron entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén en su busca*». «*Lo buscaron*» es en griego un verbo en imperfecto, «*anezētoun*», una búsqueda continua, que no se para. «*En busca suya*»: tomo este verbo poniéndolo en relación con la respuesta de Jesús: «*¿Por qué me buscabais?*». La búsqueda de Jesús es la búsqueda de Dios e implica todo el camino del hombre.

Recordemos que el verbo es el de la primera pregunta de Jesús a los dos discípulos que se le acercan: «¿A quién buscáis?» (Jn 1,37).

Buscar es símbolo del camino del hombre hacia la verdad, y en la búsqueda de María y José están contenidos el afecto, el amor, el deseo. Es un «buscar» que tiene todos los valores, las bellezas y las vibraciones de la búsqueda.

De ahí que resulte tan extraño el reproche de Jesús: «*¿Por qué me buscabais?*», y nos desconcierta.

Para comprenderlo, tal vez tengamos que pensar en los distintos significados de este verbo en el *Evangelio de Juan* y en los distintos modos de *buscar a Jesús*, especialmente después de su resurrección, por ejemplo, cuando la Magdalena busca entre los muertos a Jesús, el Viviente.

Hay un modo equivocado de buscar a Jesús, que se reprocha porque equivale a la pretensión de que Dios obre conforme a nuestra idea y no según su designio. Aquí se vislumbra el misterio de la búsqueda que es, por sí misma, la tensión fundamental del hombre hacia lo verdadero, pero que puede desviarse si lo verdadero se busca más allá de donde se encuentra, o en realizaciones en las que no puede manifestarse.

María, que tuvo que discernir sobre el sentido de la búsqueda, puede iluminarnos en tantas búsquedas afanosas que hacemos de Jesús cuando, por ejemplo, nos empeñamos en encontrar la gracia, el consuelo, la claridad de nuestra vida, la seguridad de que nos hallamos en el camino justo, la solución de nuestros problemas; y todas esas cosas ya las tenemos. O bien es posible encontrarlas con evidencia y fácilmente gracias a una decisión autoritaria o a una realidad ya manifestada, pero, no queriéndola aceptar, seguimos buscándola con la excusa de que tenemos necesidad de una luz mayor del Señor.

Con otras palabras, se trata de la dificultad del hombre para aceptar a Dios en nuestra historia concreta, porque es más fácil aceptarlo en su divina totalidad y su abstracción que en una historia distinta de como nosotros la quisiéramos.

La obediencia a Dios consiste en aceptar que se manifieste en lo concreto de *este Jesús* crucificado, humillado, de *esta* Iglesia pobre y débil, de *esta* comunidad, de *esta* mi mente obtusa, de *este* mi cuerpo con sus enfermedades, de *esta* mi vida espiritual con sus cansancios. Quisiéramos siempre encontrar a Dios en otro lugar y así perdemos el sentido de la situación histórica real. Sólo cuando nos resignamos al hecho de que

nuestra búsqueda es afán y no auténtica búsqueda nos damos cuenta de que sustancialmente tenemos ya lo que buscábamos.

«*A los tres días lo encontraron*». Nuevamente se subraya que María y José no comprendieron dónde tenían que buscarlo. Tal vez se dirigieron a casa de las familias donde estuvieron hospedados; sea como sea, no cayeron en la cuenta inmediatamente, por lo que continúa, digámoslo así, el precedente «*sin que sus padres se dieran cuenta*».

Jesús permitió que sus padres experimentaran la niebla de la oscuridad, el disgusto de la aridez, el creciente dolor de quien busca al Señor y no lo encuentra. Jesús, por tanto, está cerca de quien vive este sufrimiento y experimenta el silencio misterioso de Dios. Durante tres días, María y José no oyeron la voz a la que estaban acostumbrados desde la mañana hasta la tarde: la voz, la Palabra, se calla. Se calla mientras asoman las hipótesis más negras y más desconcertantes, mientras la angustia resulta dolorosísima y se convierte en una prueba muy aguda de la fe.

A nosotros seguramente se nos habrían ocurrido cosas que no se le ocurren a María: Dios me ha abandonado, no me ha dado la misión que esperaba, quizá no haya sabido responder, por lo que mi vida es un fracaso. Luego, los pensamientos se embrollan y nos invade el miedo. Todo esto nos empuja a contemplar el humilde silencio de María, silencio que no pregunta «por qué», como no lo preguntará al pie de la cruz.

El misterio del silencio de María podemos intuirlo en la oración y sólo en la oración. María no se pregunta nada, no indaga, no se detiene a pensar en los eventuales errores cometidos. De haberlo hecho, no habría añadido una migaja de eficacia a su búsqueda, igual que nosotros, con todos nuestros pensamientos, no añadimos una brizna de fuerza a nuestra acción. Lo único que podemos conseguir es quitar algunos retazos a nuestro sueño.

Vemos aquí a María muy distinta de nosotros, y al mismo tiempo nos resulta estimulante. Parece decirnos: haz lo que estás haciendo, *age quod agis*, escribe si tienes que escribir, responde al teléfono si suena el timbre, recibe a la persona que esperas, no hagas castillos en el aire porque de nada vale. María, me parece, nos da el estupendo consejo de que nos mantengamos en la acción presente, sin detenernos en el pasado y sin evasivas construcciones sobre el porvenir. Es el modo más auténtico de vivir y aceptar el silencio de Dios.

La expresión «*a los tres días*», además del sentido psicológico que hemos tratado de percibir, tiene también un evidente sentido teológico para la primera comunidad cristiana. Se trata de los tres días de la pasión y de la muerte.

La Iglesia vivió esta angustia de la pasión y de la muerte, la vivieron los apóstoles. La Iglesia sigue viviéndola en los días negros y oscuros. Y nosotros la vivimos en nuestra vida unidos al viernes santo y en la pasión de Jesús que aquí se vislumbra: «Vendrán días en que el cielo se oscurecerá, callará la voz del Hijo del hombre y habrá grandes tinieblas sobre la tierra». El viernes santo de la historia se repite y seguirá repitiéndose en nosotros, en nuestra comunidad y en nuestra Iglesia. De nada vale preguntarse por qué, por más que pueda llegar el momento de la clarificación. Hay tiempos en los que es preciso perseverar humildemente con la mano en el arado y haciendo el surco centímetro a centímetro, porque no podemos hacer otra cosa.

«*Lo encontraron en el templo*». Es la palabra decisiva que se encuentra en el centro de todo el episodio. En cierto modo, estaba implícita: al hablar de Jesús y de la fiesta, no se podía dejar de pensar en el templo. Pero solamente ahora emerge para subrayar precisamente que Dios permite la prueba y esos momentos de luz mortecina.

El templo se entiende como lugar y manifestación de la presencia del Padre, de Dios, que es sólo Dios y sólo Dios debe ser.

El templo es signo del Absoluto que dirige toda la historia, que divide a la humanidad y los corazones humanos entre quienes acogen ese Absoluto y creen y quienes no lo acogen y se condenan.

El misterio de Jesús

«*Sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Todos los que lo oían estaban admirados de su inteligencia y de sus respuestas*». Siempre me ha sorprendido que, mientras antes se dice de Jesús que estaba «oyéndolos y preguntándoles», ahora se diga que «estaban admirados de sus respuestas».

¿Qué revela esta escena? Jesús es sabiduría que sorprende al hombre. Se trata del estupor divino que sentimos ante los milagros y las grandes manifestaciones de Dios. Jesús se manifiesta aquí anticipando la manifestación de su sabiduría en el templo de la que nos habla el evangelista Juan (capítulos 7 y 8).

Sabiduría que no es la de quien ha estudiado: «¿Cómo sabe éste letras sin haber estudiado?» (Jn 7,15), sino la que le viene del Padre: «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado» (Jn 7,16).

Jesús manifiesta aquí su sabiduría, con lo que anticipa su vida pública, su enseñanza, la palabra que viene de lo alto y que sorprende por su novedad.

Nosotros nos preguntamos: ¿cuáles habrán sido esas preguntas y esa inteligencia? Los rabinos usaban el método casuístico, y pienso que las preguntas de Jesús habrán sido semejantes a algunas de las que hará en su vida y que tienen el mérito de la sencillez, de la claridad, de la fuerza que conllevan las cosas obvias. Jesús tiene «*sy'nesis*», la penetración del sentido profundo de las cosas.

Es interesante que empiece escuchando: comienza con la mayor modestia y luego pregunta advirtiendo el punto débil de las respuestas habituales y rancias. Es el secreto del encanto de su futura predicación.

Corremos un peligro con nuestra cultura religiosa, espiritual y teológica actual: ¡cada vez hay más libros y cada vez pensamos menos! Sucede que se edita un libro a partir de otro o de dos o tres más. A veces me pregunto si no serán demasiados incluso los documentos que escribimos los obispos y que hay que tener siempre en cuenta. ¡No cuesta decir algo nuevo, sino tener en cuenta los documentos precedentemente publicados!

Desde el Vaticano II hasta nuestros días se ha editado tal cantidad de libros que casi nos ahogan, lo que impide la meditación personal y la reflexión profunda sobre la Palabra. Los mismos sacerdotes suelen decirme que no saben de dónde sacar tiempo para leer las encíclicas, las exhortaciones apostólicas, las cartas pastorales, los documentos, los ensayos, etc. En general suelo aconsejarles que se limiten a lo que más ayuda en el crecimiento espiritual y en el servicio pastoral. Debemos evitar la esclavitud de los libros para fijarnos más bien en Jesús crucificado y contemplarle desde dentro y evocar nuestra inteligencia espiritual confortada con todo lo que puede realmente ayudar y espolear.

Con esto no quisiera desanimar a quienes publican sus ensayos ni exhortar a los obispos a que no escriban cartas pastorales, pero sí quiero recordar que Jesús tenía un conocimiento, que escuchaba y preguntaba, partiendo ante todo de su conocimiento del Padre. ¡Ahí está el punto fundamental! Aun cuando no consigamos citar todos los libros que tratan de un tema, es indudable que el Señor no permitirá que nos falte la luz que nos consienta dar con el sentido profundo de lo que tenemos que decir.

«*Al verlo, se quedaron maravillados, y su madre le dijo: "Hijo, ¿por qué has hecho esto? He aquí que tu padre y yo te buscábamos angustiados"*».

No es un reproche, pero sí unas palabras bastante duras, como si dijeran: no te entendemos. Y «angustiados» es palabra durísima: en griego es «*odynōmenoi*», y aparece en el mismo Lucas (16, 24) cuando el rico Epulón dice: «*me quemo*» en las llamas. Indica un estado interior de sufrimiento que consume. También aparece en los *Hechos de los Apóstoles* cuando Pablo anuncia en Mileto a los ancianos de Éfeso que está a punto de partir hacia Jerusalén y que no volverá a verlos, intuyendo su muerte: «Todos rompieron a llorar... *afligidos*, sobre todo, porque les había dicho que no volverían a verlo» (Hch 20,38). Afligidos, acongojados, sintiendo la mordedura del dolor.

Y la respuesta de Jesús no responde a la emotividad de la pregunta, lo que no deja de ser un gran misterio. Jesús podría haber respondido: «Sí, os entiendo, lo siento, pero yo debía hacer esto, podríais haberlo imaginado». Por el contrario, sus palabras resultan fuertes: «*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?*».

Según Feuillet, prestigioso exegeta, la versión mejor es otra: al encontrarse en el templo de Jerusalén, símbolo de la casa celestial del Padre y símbolo, por tanto, de la verdadera morada del Hijo de Dios, Jesús declara a María y José, estupefactos: «¿No sabéis que es preciso que yo esté con mi Padre en su casa?». No cabe ninguna duda: este texto fue entendido así por todos los padres griegos sin excepción, desde Orígenes a san Juan Damasceno, desde los padres latinos hasta el siglo XII. Y estas palabras misteriosas de Jesús tienen un doble significado. El más obvio es, como dice Lagrange: «Jesús responde sonriendo que era fácil esperarse que lo encontrarían junto a su Padre». Pero se intuye un sentido más profundo, una alusión velada a esta vuelta de Jesús a la casa del Padre, de la que habla con frecuencia el *Evangelio de Juan*. Y esta fórmula de «es preciso, debo, es necesario» que yo me dedique a las cosas de mi Padre, es la fórmula clave del doble misterio de la pasión y resurrección por la que Jesús volverá al Padre. Estas palabras son, pues, indicativas sobre todo del *misterio ontológico* de Jesús (yo estoy con el Padre, yo estoy en el Padre, yo debo estar en la casa del Padre). Antes de ahora no lo había dicho, y aunque lo hubiera dicho el ángel en el anuncio a María, no había sucedido nada. Aquí, por el contrario, lo manifiesta con una gran fuerza. Nosotros hubiéramos preferido que Jesús preparara a sus padres a lo que sucedería en Jerusalén,

porque siempre nos resulta difícil aceptar el modo en que Jesús, que es voluntad libre y libre personalidad, actúa con nosotros.

En segundo lugar, en la respuesta de Jesús se vislumbra el *misterio redentor*: es preciso, es necesario. Volveremos a encontrarnos con esa expresión al final del *Evangelio de Lucas* al hablar del misterio pascual: «¿No era preciso que Cristo sufriera todo esto para entrar en su gloria?» (Lc 24,26).

«*Y ellos no comprendieron lo que les decía*». Frente a tan dura manifestación del misterio y sus consecuencias, María y José no comprenden. Deben seguir caminando. Casi nos sorprende el candor de esta expresión del evangelista.

«*Y ellos no comprendieron*» es la expresión que Lucas usa al hablar de la incomprensión de los apóstoles ante Jesús cuando les explica que el Hijo del hombre tendrá que sufrir: «Pero ellos no lo comprendieron» (9,45); «Pero ellos no comprendieron nada de todo esto» (18,34).

Explica nuestra dificultad para comprender el misterio de la muerte y la resurrección de Jesús. María y José, aunque de forma sumisa, humilde, acogedora, vivieron antes que nosotros el escalofrío de no comprender.

María, con frecuencia nosotros no comprendemos. Haz que tu humildad y sufrimiento al no comprender nos sostenga en el sufrimiento, en el orgullo y tal vez en la soberbia de nuestro no comprender. Cura con tu dulzura y con tu perseverancia, con tu paciente silencio, la rebelión que con frecuencia acompaña nuestras reflexiones sobre nuestra vida, sobre la vida de las comunidades y de la Iglesia. Haz que participemos en tu «sí», que se mantiene en la más dolorosa oscuridad, en la mayor incomprensión, y hasta el momento de la cruz y la resurrección.

4.
Al pie de la cruz

Te pedimos, Señor, que nuestra oración participe de tu oración en el huerto de Getsemaní y en la cruz, de la de María al pie de la cruz, de la del ladrón que se ofrece a Jesús y ve su vida salvada por la misericordia de Dios.

Esta oración no es únicamente por nosotros, es por toda la Iglesia, por todas las personas que nos has confiado y por todas aquellas a quienes les cuesta ver en su vida el signo de la redención. Concédenos ser, para todos, una ayuda, un apoyo, un momento de luz. Concédenos hacerles sentir a todos –como el ladrón en la cruz– que son amados, comprendidos, perdonados, y hacerles a todos partícipes de la misteriosa maternidad de María junto a la cruz. Te lo pedimos, Padre, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Desearía invitaros a reflexionar con María junto a la cruz del Señor, para comprender mejor la salvación que Jesús propone y la imagen de Dios que se nos revela al pie de la cruz. Y para ello partiremos del relato de Lucas sobre el *ladrón arrepentido y salvado*.

La importancia del *uno*

El evangelista presenta este episodio como la cima de la actividad evangelizadora y redentora de Jesús en su pasión. Si juzgamos según nuestra manera humana, de inmediato se nos ocurre espontáneamente una pregunta: ¿a eso se reduce todo? ¡Uno solo!, mientras tanta gente vuelve a su casa, algunos un poco traumatizados, pero sustancialmente sin haber comprendido el significado de esta escena.

¿Cómo se explica tal derroche de esfuerzo evangelizador para obtener sólo ese resultado insignificante?

Propongo, entonces, que releamos la escena del ladrón salvado a la luz de un capítulo muy importante de Lucas, el decimoquinto, que empieza así: «Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para escucharlo. Los fariseos y los escribas

murmuraban, diciendo: "Éste acoge a los pecadores y come con ellos". Entonces les dijo esta parábola…», y que prosigue con tres parábolas: la oveja perdida, la dracma perdida y el hijo perdido. Tres parábolas que hay que leer juntas y sobre las cuales llamo vuestra atención para indicar cómo nos permiten comprender al Dios del Evangelio que se revela en el perdón que Jesús concede al ladrón sobre la cruz.

Notemos, ante todo, que estas parábolas –y no era necesario que lo hicieran– insisten todas en el *uno*: una oveja, una dracma, un hijo. En el caso del hijo, es evidente que, entre dos, uno es importante; en el caso de las ovejas (una entre cien), o en el caso de la dracma (una entre diez), vemos que la importancia que da la parábola al *uno* nos parece desproporcionada, exagerada.

> «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la que se perdió, hasta que la encuentra?» (Lc 15,4).

Nosotros diríamos: «Pero ¿por qué dejar las noventa y nueve en el desierto para buscar una?». Además, el texto no supone que el pastor las deje bien custodiadas. En esta imagen del pastor hay un cierto exceso, casi una pizca de locura: se la pone muy contento sobre los hombros, va a casa, llama a los amigos y vecinos para que se alegren con él… Me parece notar en todo esto *la importancia que Dios da al uno*, incluso a uno solo, incluso al más pequeño. Todo esto no coincide en modo alguno, sino que más bien contrasta violentamente, con la imagen pagana de Dios, que piensa en el mundo, pero no pierde la cabeza por uno solo.

Los mismos subrayados valen para las otras dos parábolas: la de la mujer que barre atentamente la casa para encontrar la moneda y la del hijo pródigo, que retorna a la casa del Padre.

Aquí entramos justamente en la revelación de la imagen de Dios, que tenemos en la cruz, cuando Jesús salva a un malhechor sin escrúpulos, desesperado, abandonado de todos. Es la *marca de fábrica* del Dios del Evangelio: uno, uno solo es suficiente para justificar todo el cuidado, la atención, la alegría de Dios. Se subraya siempre la alegría: el pastor invita a alegrarse con él y «de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos». La mujer dice: «Alegraos conmigo», y Jesús habla de «alegría entre los ángeles». Por último, el padre afirma: «Convenía celebrar una fiesta y alegrarse». He aquí el sentido del Dios del Evangelio.

Dios lo tiene todo en sus manos, es el Señor de todas las cosas, es el Rey que gobierna cielo y tierra, pero es capaz de perder la cabeza por uno solo, no ceja, ni siquiera por uno solo.

A esto corresponde la enseñanza que encontramos varias veces en las palabras de Jesús: «Ay del que escandalice a *uno* de estos pequeños»; «cuanto hicisteis a *uno* de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» y –notan correctamente los exegetas– la insistencia sobre «uno solo» es una característica típica del Evangelio. La alegría de Dios se expresa también cuando una sola persona ha sido objeto de la salvación.

Debemos reflexionar mucho sobre esto para nuestro ministerio: es cierto que nosotros atendemos a todos, a muchos; debemos cuidar de una comunidad, pero sólo en algunas situaciones privilegiadas tenemos la alegría y la satisfacción de ver un fruto pleno de lo que hacemos. Esta alegría de Jesús expresa el cuidado pleno de Dios por la persona humana, y, frente al mundo, expresa el valor de la persona, incluso de una sola; y entonces, si una sola persona vale tanto, muchas personas valen mucho más y no se puede desatender a ninguna.

Pidamos al Señor la comprensión de la misericordiosa atención de Dios, que él nos comunica a nosotros, de la que somos portadores hacia la comunidad y que diferencia claramente al compromiso cristiano del compromiso político o de eficiencia; éstos –en último análisis– se ocupan de los resultados globales sin prestar mucha atención al hecho de si una u otra persona son olvidadas o no son acogidas.

Es cierto que esto es sólo *un* aspecto de la experiencia de Dios: la experiencia de Dios es, en efecto, también la experiencia de la salvación de todos, pero entrar en el mundo del Dios del Evangelio quiere decir captar la posibilidad de desear principalmente la salvación de todos de tal modo que no se desatienda, ofenda ni olvide a nadie, y se le dé todo el valor a lo que cada uno representa a los ojos de Dios.

El camino de María

Pasemos al segundo momento. Hay una persona que vive por entero la realidad de la redención junto a la cruz; y es María. Ella representa un tesoro inmenso para Jesús, que la hace depositaria de sus dones de salvación y ve en ella, en nombre de la Iglesia, la primera respuesta humana, plena, a su acción de amor sin límites.

Al contemplar a la Virgen al pie de la cruz, deberíamos tratar de comprender lo que sucedió en ella en ese momento, de qué manera la educó Dios, gradualmente, hasta permitirle llegar a ese punto de asociación a la redención, que María vive junto a la cruz. Partiendo de un texto de la *Lumen Gentium* (cf. 58), donde se dice que «la Santísima Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y progresó en esta peregrinación», podemos –desde la imagen de María junto a la cruz– volver la vista hacia algunas etapas de su existencia, y así ver cómo la preparó Dios.

María da el primer paso cuando, al entrar el ángel y hablarle, «ella se conturbó por estas palabras» (Lc 1,29). Es el primer impacto de María con el mundo nuevo de Dios: la palabra griega *dietaráchthe*, «quedó turbada», es una palabra muy fuerte y nos asombra que Lucas la haya usado en esta ocasión. Es la misma palabra que se emplea, por ejemplo, en Mt 2,3: «Toda Jerusalén se sobresaltó con el rey Herodes» (Herodes se turbó por la noticia de los Magos); o bien en Lc 1,12: «Zacarías se sobresaltó interiormente» por la aparición del ángel; o también en Mt 14,26, donde leemos que, cuando Jesús camina sobre las aguas, los discípulos se sobrecogen. Así pues, María experimentó también esta turbación inicial: ¿a dónde me quiere llevar Dios, qué sucederá?

María se había habituado de seguro a un cierto tipo de vida de oración, de piedad, de compromiso, de escucha de la Biblia, pero ahora siente que Dios tiene otro plan para ella y es necesario que deje –como le sucedió a Abrahán– las seguridades precedentes, y se abandone a una acción de Dios diferente.

A partir de aquí comienza su educación para ese plan divino que, en parte, será según sus expectativas y, en parte, contra sus expectativas. Ambos aspectos se encuentran subrayados en el resto del *Evangelio de Lucas* allí donde se habla de María. Se subraya la perfecta consonancia entre María y el plan de Dios, tanto cuando la Virgen le responde al ángel (Lc 1,38) como cuando Isabel le dice: «¿De dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor?». Estamos en plena sintonía con el plan de Dios, estamos en el entusiasmo, en la alegría por lo que Dios ha propuesto y por lo que se vive. María vive el primer entusiasmo de la respuesta a la llamada, siente que todo marcha a toda vela, como el Señor le había hecho entrever, y se dispone, por tanto, con un gran corazón a aceptar el designio de Dios sobre ella.

Pero el Evangelio hace notar que pronto comienzan para María los que se pueden llamar «años oscuros». Lucas lo subraya en varias ocasiones, ya sea cuando –en la visita a Jerusalén– se le dice que su corazón será traspasado por una espada, ya sea cuando –en

la respuesta de Jesús en el Templo– ella ya no comprende qué está sucediendo: «Cuando lo vieron, quedaron sorprendidos y su madre le dijo: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando"» (Lc 2,48), y el evangelista añade: «Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio». Es interesante observar cómo esta frase: «Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio», es la frase que se recoge en las predicciones de la pasión, cuando los apóstoles no comprenden las palabras de Jesús sobre la cruz y la resurrección: «Pero ellos no entendían lo que les decía; les estaba velado su sentido». También María, pues, *entra en esta oscuridad*, comprende y no comprende el plan de Dios, se adhiere a él íntimamente, pasa al fondo del corazón (está siempre en perfecta adhesión de fe, su totalidad de adhesión no se resquebraja), pero tiene que aceptar que es distinto de lo que, como madre, habría podido imaginar: una madre, evidentemente, desea para su hijo éxito, logros, un cierto resultado.

En el corazón de María tiene lugar una expropiación gradual –toda madre quiere poseer a su hijo; más aún, siente la tentación del afán de posesión, de hacer que realice su propio ideal.

En la vida pública de Jesús hay signos claros por medio de los cuales el Maestro afirma la libertad de su designio frente a cualquier deseo –aun cuando sea hipotético– de sus padres sobre él. Por ejemplo, cuando llegan sus parientes y ni siquiera quiere recibirlos, o cuando lo alaban: «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!», responde: «Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios» (Lc 11,27-28).

La bienaventuranza de María es, por tanto, la de conformarse por completo al plan divino. Ciertamente no podemos pensar que Jesús no amara a su madre: si Jesús siente las lágrimas de la mujer que ha perdido a su hijo (Lc 7,13), quiere decir que ama inmensamente a su madre, pero, *justamente porque la ama*, pone claramente en primer plano su libertad de acción mesiánica, confiando en que María acogerá, de manera total, el obrar de Dios que se cumple en él.

Nuestro camino

A nosotros nos resulta difícil entrar en el camino que María debe recorrer y podemos recoger sus frutos sólo cuando contemplamos las palabras del Hijo desde la cruz: allí comprendemos hasta qué punto llegó el camino de su madre. Ella lo siguió hasta la cruz

–nos lo dice el mismo Lucas– y Juan nos presenta la escena completa, refiriendo las palabras que Jesús le dirigió.

Tratemos de identificarnos, en la oración, adorando en silencio al Señor crucificado, y preguntando qué sucede en ese momento en el ánimo de María, qué habría querido como madre. Creo que es sencillo decir que, como madre, habría querido morir por su hijo, habría querido dar la vida ella, habría querido impedir a toda costa que sucediese esto y, en cambio, el Señor la educa para aceptar de manera misteriosa, profunda, el designio por el cual es Jesús, el Salvador, quien representa la perfección del Amor del Padre.

María vive aquí el culmen dramático de su vida, la verdadera expropiación del Hijo que ella entrega al Padre por la humanidad; y, en ese instante, recibe como don del Hijo la humanidad entera. Es el centro de la escena de Juan que, por medio de la figura del discípulo, nos presenta a la Iglesia, que es puesta en íntima comunión con la Madre del Señor, como fruto y resultado de la pasión vivida por María junto con Jesús.

¿Qué representa, pues, la Virgen en este vértice de su camino de fe y de adhesión a la voluntad de Dios? Representa a la humanidad, a la Iglesia. Habiendo seguido totalmente el plan de Dios, habiéndolo acogido plenamente en ella misma, y habiendo llegado a esa expropiación de fe –a la que había sido llamado Abrahán–, recibe, como don, la plenitud de la Iglesia. Precisamente porque se puso toda ella en manos de Dios y se abandonó con todo lo que más quería, su Hijo, recibe de Dios lo que Dios más quiere, el cuerpo del Hijo que vivirá en la Iglesia que nace de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. María es aquella que, más que cualquier ser humano, comprende el significado del ofrecimiento sacrificial de Jesús, del amor por la humanidad y de la plenitud de entrega al designio de Dios que este ofrecimiento conlleva y, más que todos los seres humanos, puede recibir como don una humanidad nueva.

Aquí es donde debemos enraizar nuestro amor a la Madre del Señor. Si perdemos de vista el camino de fe de María, no tendremos ya la capacidad de comprender cómo Dios nos ha salvado concretamente, en Jesús dándonos a María, para que en ella tuviera comienzo la Iglesia.

Estas verdades se pueden vivir, claro está, de muchas maneras: con la devoción popular cristiana, con formas más silenciosas o más clamorosas. Siempre que en la Iglesia se instaura un verdadero sentido de la presencia de María, se nota que la vida cristiana se renueva: hay vigor, serenidad, soltura, vivacidad, precisamente porque

somos llevados a los misterios fundamentales de la redención. No se trata de un añadido o de un lujo: se trata de ponernos al pie de la cruz, y comprender de qué manera la humanidad entra en el designio de Dios, acepta la redención y, en María, comienza el camino de salvación.

Pidamos al Señor que nos conceda ser capaces de comprender de verdad los misterios de Dios en nuestra vida; podemos hacerlo con el rosario, con otras formas de devoción mariana que podemos vivir nosotros en primera persona y hacer vivir a los demás, con una contemplación de los misterios de María en el Evangelio. Pero ciertamente la presencia de la Virgen tiene un influjo misterioso y saludable para ayudarnos a profundizar en el sentido de la redención.

Pidamos también ser capaces de ayudar al pueblo cristiano, tan sensible a estas realidades, a vivirlas de una manera verdadera, eficaz, justa. Es una suerte descubrir que el sentimiento de amor a la Virgen es todavía muy grande en la gente, aún está vivo: partamos de él para estimular a otros a recorrer el camino que hizo María, la adhesión total al misterio de Dios, a su voluntad; un camino que ha tenido una gran fecundidad espiritual, una gran capacidad de dar hijos a la Iglesia y, de este modo, ha multiplicado la obra de la redención que Jesús realizó sobre la cruz para pocas personas, limitándose, aparentemente, a resultados escasos.

Estos resultados, confiados al corazón de María, se convierten en una plenitud de hijos para la Iglesia, como nos muestran los *Hechos de los Apóstoles.*

Perseveremos en esta oración, junto a la cruz, con María.

REFLEXIONES PASTORALES

5.

María y la noche de la fe de nuestro tiempo

A diferencia de lo acostumbrado, explicaré la relación no ya sobre la base bíblica (aunque, obviamente, recurriré a la Sagrada Escritura), sino más bien inspirándome en dos grandes testigos de la fe –Giuseppe Dossetti y Teresa de Lisieux– y el concilio Vaticano II.

La meditación constará de cinco puntos:

– La noche de la fe de nuestro tiempo.
– La noche de la esperanza en Teresa de Lisieux.
– El sentido de la noche de la fe.
– La fe puesta a prueba de María.
– La fe puesta a prueba del sacerdote.

¡Oh, María!
que has pasado por la prueba de la fe
de quien no ve cómo se realizan
las promesas de Dios,
sino más bien viste la catástrofe
en la muerte de tu Hijo,
ayúdanos, te rogamos, a vivir
la prueba de fe de nuestro tiempo
con la esperanza inquebrantable
que tú viviste contemplando
el misterio de la gloria de Jesús.

Premisa sobre el concilio Vaticano II

En el segundo volumen de la historia del Vaticano II, dirigida por Giuseppe Alberigo, he encontrado un pasaje interesante respecto a *De Ecclesia*, en la parte escrita por Jan Grootaers:

> «Ninguna otra parte de la Constitución sobre la Iglesia ha suscitado tantos comentarios y ha provocado tal cantidad de publicaciones semejante al que originó el debate conciliar sobre la Virgen. Philips (uno de los autores de más renombre que contribuyeron a la redacción de la Constitución) distinguía dos puntos de vista opuestos y totalmente irreducibles en este campo: por una parte, quienes sostenían la teología positiva, que parten de los documentos más antiguos para observar la evolución gradual de la historia de la salvación; por la otra, los partidarios de las prerrogativas de la Virgen, que parten del otro lado y analizan principalmente los títulos de gloria de la Virgen. [...] Los Padres conciliares que apoyaron la inserción del *De beata Virgine* en la Constitución sobre la Iglesia y que, en octubre de 1963, lo consiguieron [...] pertenecen al primer grupo que sitúa a la Madre de Dios dentro de la historia de la salvación».

Podemos afirmar que también Teresa del Niño Jesús, casi setenta años antes, optaba por esta concepción al entender el camino de fe de María. De entre las últimas palabras pronunciadas cuando ya ella había entrado en fase agónica, traigo las siguientes:

> «¡Que los sacerdotes en sus sermones nos muestren esas virtudes de María que podemos llevar a la práctica! Está bien hablar de sus prerrogativas, pero es preciso sobre todo poder imitarla. Ella prefiere que la imitemos. Por muy hermoso que sea un sermón sobre la Virgen, si todo el tiempo estamos obligados a exclamar: ¡Ah!... ¡Ah!..., ¡ya vale! Cuánto me gusta cantarle: "El sendero estrecho del cielo tú lo has hecho fácil al practicar siempre las virtudes más humildes"».

Apremiados por el pensamiento del Vaticano II y de Teresa, procuremos penetrar en el misterio de María, partiendo de la noche de la fe de nuestro tiempo.

La noche de la fe de nuestro tiempo

El 18 de mayo de 1994, con ocasión del octavo aniversario de la muerte de Giuseppe Lazzati, don Dossetti pronunció en Milán un famoso discurso que se titulaba: *Centinela, ¿cuánto queda aún de noche?* Lo comenzó refiriéndose precisamente a Lazzati:

> «A mi juicio, Lazzati no se detendría en deplorar el pasado de ayer o de anteayer, o en volverlo a acreditar ante los ingratos, sino que se sumergiría a sabiendas en la

noche, diría con sencillez y con energía que la noche es noche, pero siempre con el espíritu del centinela que, según otro texto célebre de la Escritura, aguarda la aurora».

Y seguía examinando las diferentes manifestaciones de la noche en la sociedad italiana y europea: la noche de las personas, la noche de la comunidad. A mi entender, la noche de nuestro tiempo, la crisis de fe en la que estamos inmersos, alcanza un acmé doloroso sobre un aspecto concreto, que es algo así como una energía descubierta en el hombre occidental: la vida después de la muerte, la vida eterna, los llamados *novísimos*. Éste es el aspecto sobre el que actualmente hay mayor confusión, oscuridad, dudas, reticencias, alejamiento de hecho ya sea entre los no creyentes, o bien entre los creyentes y creyentes practicantes.

Es realmente impresionante observar en las encuestas sociológicas sobre la religiosidad, cómo la incertidumbre tocante a los fines últimos concierne también a quien afirma que cree en Dios, en Jesucristo, a quien escucha a la Iglesia. La realidad de la vida eterna no tiene nada que ver con las buenas resoluciones de esta vida; es mucha la gente, son muchos los jóvenes que están dispuestos a apostar por lo visible, por los valores que de alguna manera tienen una referencia (como solidaridad, paz, justicia, voluntariado), pero muy pocos los que apuestan por lo invisible, por lo que no tiene confirmación en el tiempo.

Creo, en ocasiones, que uno de los versículos más descuidados del Evangelio es el de la palabra de Jesús repetida tres veces: «Y tu Padre, que ve en lo secreto, te premiará» (Mt 6,4.6.18). El sentido de esta recompensa y de lo que se hace en lo secreto no influye en modo alguno; todo debe ser patente, en la escena, transmitido por televisión, recitado en el escenario.

La «terrenidad» es, por consiguiente, la primera tentación de nuestra época, y la ofuscación de la esperanza en la vida eterna es la mayor prueba del mundo occidental y de la Iglesia occidental. No son sólo noches de la fe, sino también de la esperanza.

De muy diversa manera sucede en otros continentes o en otras culturas, donde la familiaridad del hombre con lo que acontece después de la muerte es aún consistente. Probablemente, como lo era entre nosotros hasta hace cincuenta o cien años; de ello dan fe las inscripciones de nuestros cementerios, las notas de los testamentos.

La noche de la esperanza en Teresa de Lisieux

La noche de la esperanza fue la prueba específica de Teresa de Lisieux que señaló los últimos dieciocho meses de su vida.

«Yo gozaba por entonces de una fe tan viva y tan clara, que pensar en el cielo constituía toda mi felicidad. No me cabía en la cabeza que hubiera incrédulos que no tuviesen fe. Me parecía que hablaban por hablar cuando negaban la existencia del cielo, de ese hermoso cielo donde el mismo Dios quería ser su eterna recompensa».

No llegaba a comprender el sufrimiento de quien no cree.

«Durante los días gozosos del tiempo pascual [Pascua de 1896], Jesús me hizo conocer por experiencia que realmente hay almas que no tienen fe, y otras que, por abusar de la gracia, pierden ese precioso tesoro, fuente de las únicas alegrías puras y verdaderas. Permitió que mi alma se viese invadida por las más densas tinieblas, y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí, sólo fuese en adelante motivo de lucha y de tormento».

Ella entró en la noche de la esperanza, no solamente en la noche de la fe.

«Esta prueba no debía durar sólo unos días, o unas semanas: no se extinguirá hasta la hora marcada por Dios y esa hora no ha sonado todavía».

Cuando Teresa escribe el *Manuscrito C*, dirigido a la priora madre María de San Luis Gonzaga, aún estaba viviendo tal prueba (comenzó a escribir el 3 de junio de 1897) y en ella morirá. Una prueba que en las tres páginas del mismo escrito expresaba con comparaciones: «negro túnel» en el que no se ve ya nada; «densas tinieblas» que cubren la tierra impidiéndole ver el cielo; «mesa de los pecadores y de los incrédulos» a la que se sienta. Y añade:

«Cuando quiero que mi corazón, cansado por las tinieblas que lo rodean, descanse con el recuerdo del país luminoso por el que suspira, se redoblan mis tormentos. Me parece que las tinieblas, adoptando la voz de los pecadores, me dicen burlándose de mí: “Sueñas con la luz, con una patria aromada con los más suaves perfumes; sueñas con la posesión eterna del Creador de todas estas maravillas; crees que un día saldrás de las nieblas que te rodean. ¡Adelante, adelante! Alégrate de la muerte, que te dará, no lo que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada”».

Es la tentación del nihilismo, típica de nuestro tiempo; una tentación que difícilmente se puede expresar:

> «Madre querida, la imagen que he querido darle de las tinieblas que oscurecen mi alma es tan imperfecta como un boceto comparado con el modelo. Sin embargo, no quiero escribir más, por temor a blasfemar... Hasta tengo miedo de haber dicho demasiado».

Hace ahora cien años que la joven carmelita entraba en la *noche de la esperanza* de nuestro tiempo plena, dolorosa y atrozmente, casi como preludio y símbolo de la *noche de la fe*, en la que cada vez más se está precipitando el mundo occidental.

Démonos cuenta de que Teresa vive esta durísima prueba en el tiempo en que está gravemente enferma –enfermedad que comenzó precisamente el día de Viernes Santo de 1896– y a menudo es incapaz de respirar. Las últimas palabras del *Manuscrito* están escritas a lápiz, porque no puede ya sostener la pluma por causa de la fiebre que la está consumiendo y la tiene postrada.

El sentido de la noche de la fe

Frecuentemente he sido invitado por filósofos y teólogos a explicar la noche de esperanza en que nos encontramos inmersos como «*kairós* positivo», como ocasión propicia y providencial para la manifestación del verdadero rostro de Dios. La noche de la esperanza permitiría quitar los ídolos y toda falsa imagen de Dios.

De aquí la invitación a interpretar nuestro tiempo como noche purificadora del espíritu, en el sentido que le da Juan de la Cruz. Así, por ejemplo, dice un teólogo contemporáneo: «Se ha querido comparar y acercar el ateísmo a la teología negativa», como si el ateísmo fuera una purificación de la fe y acercara a esa manera de concebir a Dios como Misterio absoluto, más allá de cualquier palabra. El ateísmo «sería el remedio escondido del cristianismo y lo conduciría hacia su cumplimiento». Una interpretación de esta clase tiene por su parte algunas razones válidas y nace de una reflexión positiva sobre el famoso «negativo» de Hegel. A este propósito, el teólogo Piero Coda ha escrito un buen libro titulado: *Il negativo e la Trinità. Ipotesi su Hegel.*

La concepción positiva de la tentación de fe y de esperanza, que marca a nuestra época, se nutre también de análisis de la posmodernidad y de sus oportunidades en relación a la fe, según la expresión de otro teólogo contemporáneo:

«En una época marcada por el agnosticismo, en que los dioses han perdido todo perfil y los lugares y los momentos de una posible revelación, debemos acordarnos del anonimato, del carácter cifrado, mediato de la revelación cristiana. Debemos tener la valentía de vivir la noche colectiva del espíritu, de una ausencia de Dios».

Todas ellas son tentativas por explicar el significado de la noche de la fe, del espíritu, que envuelve a la sociedad contemporánea –la noche de la que hablaba Dossetti y en la que entró Teresa del Niño Jesús–, como un acontecimiento purificador.

No obstante, si nos esforzamos en penetrar más a fondo, vemos, a mi juicio, que la interpretación de la noche de nuestro tiempo como noche del espíritu, en el sentido que entiende san Juan de la Cruz, es decir, de purificación, corre el riesgo de estar equivocada. Sólo debido a alguna denominación extrínseca es por lo que se puede pensar en una analogía entre la noche de Juan de la Cruz y la actual noche de la fe.

En realidad, la de nuestro tiempo *no* es una prueba de fe –la prueba de quien tiene la fe–, sino que, más bien, es una *condición de no fe*, de vacío de la fe, de carencia de fe. No es, por tanto, un momento de *purificación progresiva* propia de quien sube al monte Carmelo, sino un momento de *decadencia progresiva* de quien desciende a los infiernos de la ausencia de Dios.

Incluso, quizás más banalmente, la de nuestro tiempo no es ni siquiera una condición atea – hoy son pocos los ateos declarados–, sino una condición de confusión respecto a la fe, de indiferencia, de tibieza, de frialdad de la fe. La noche del espíritu de Juan de la Cruz es, en cambio, una condición de fuego, de fuego que arde, quema, consume, purifica, aunque no se ve y, por tanto, es de noche.

Se puede, sin embargo, intentar definir nuestro tiempo con las categorías empleadas por Teresa de Lisieux: «negro túnel», «mesa de los pecadores y de los incrédulos», insistiendo no en el aspecto de purificación como si la crisis de fe fuera una subida mística, sino más bien en el aspecto de la *compasión* del que cree hacia el que no cree.

Esto es el *kairós* providencial, salvífico: la compasión, la participación de quien cree en el sufrimiento del que no cree o tiene dificultad para creer o cree mal y de una manera confusa. Pues la crisis de fe es un verdadero sufrimiento, una amargura del espíritu, en buena parte inocente, y a ella debemos acercarnos.

Son determinantes los textos de Teresa del Niño Jesús a propósito de su participación en el sufrimiento de quien no cree, de su intercesión, de su deseo de ser fuente de salvación para los incrédulos.

> «Pero tu hija, Señor, ha comprendido tu divina luz y te pide perdón para sus hermanos. Acepta comer el pan del dolor todo el tiempo que tú quieras, y no quiere levantarse de esta mesa repleta de amargura, donde comen los pobres pecadores, hasta que llegue el día que tú tienes señalado...».

Interpreta su prueba, claramente, como participación en la incredulidad de su tiempo, participación que se traduce en proximidad de intercesión. De hecho, continúa:

> «¿Y no podrá también decir en nombre de ellos, en nombre de sus hermanos: "Ten compasión de nosotros, Señor, porque somos pecadores" (Lc 18,13)? ¡Haz, Señor, que volvamos justificados...! Que todos los que no viven iluminados por la antorcha luminosa de la fe la vean, por fin, brillar... ¡Oh, Jesús! si es necesario que un alma que te ama purifique la mesa que ellos han manchado, yo acepto comer sola en ella el pan de la tribulación hasta que tengas a bien introducirme en tu reino luminoso... La única gracia que te pido es la de no ofenderte jamás».

Teresa habla en plural: «Ten compasión de nosotros... ¡Que volvamos justificados!». Y más adelante exclama:

> «Dios mío. Pero si, por un imposible, ni tú mismo llegases a conocer mi sufrimiento, yo aún me sentiría feliz de padecerlo si con él pudiese impedir o reparar un solo pecado contra la fe».

Concluyendo, Teresa se pone en el camino de la compasión y del compartir; en su prueba se puede ver una clave interpretativa de la noche de la esperanza tan difundida en nuestro tiempo.

La fe puesta a prueba de María

Llegados a este punto, estamos preparados para la pregunta: ¿cómo interpretar todo esto en la vida de María? ¿Qué relación tiene ella con la noche de la fe de que estamos hablando?

Todavía una vez más Teresa de Lisieux, penetrando en las páginas evangélicas con la intuición que su prueba le ha deparado, interpreta en la Vir-gen María la participación en la prueba de los creyentes. Particularmente extraordinaria y formidable la última de sus composiciones poéticas, de mayo de 1897. Es costumbre entre las monjas carmelitas escribir poesías, y Teresa escribió cincuenta y cuatro. Cuando ya su sufrimiento físico

era muy acusado, debido a la crisis de ahogo, quiso dedicar un poema a la Virgen, que tituló *Porque te amo, María.*

En él contempla la vida de María precisamente con las categorías de la participación en los sufrimientos de la gente y de la compasión que de ello se deriva, trazando una especie de himno litúrgico en veinticinco octavas (cerca de doscientos versos). Comenta así, paso a paso, el itinerario de la vida de María como se desprende de los Evangelios, resaltando los momentos en que la Madre de Jesús eligió compartir nuestras humillaciones, nuestras penas, hasta mencionar la noche de la fe para la Virgen santa.

De una manera sencilla pero profunda expresa ella en la poesía el papel de María en la obra de la redención y, al mismo tiempo, su propia relación afectiva con la Virgen; escruta con los ojos del amor los misterios que ella vivió, su presencia en el Cal-vario, el dolor por la separación del Hijo, el camino de fe desnuda, pura. De hecho, a la hermana Celina (sor Genoveva) le había confiado: «Aún tengo algo que hacer antes de morir. Siempre soñé expresar en un canto a la Virgen santísima todo lo que pienso de ella».

Me gustaría citar alguna estrofa del texto francés, bastante más rico y melodioso, pero opto por la versión de nuestra lengua:

> «Para que una criatura pueda entregarse plenamente a la madre es preciso que ésta llore con ella, comparta sus dolores. Reina de mi corazón, ¡cuánto lloraste aquí en la tierra para atraerme a ti! Meditando tu vida en el Evangelio, me atrevo a mirarte y acercarme a ti: no me es difícil considerarme tu criatura, pues te veo mortal y sufriente como yo».

La imagen de María en el sufrimiento y en la prueba es tal vez la clave de lectura para comprender su vida. Teresa muestra todas las vicisitudes que han señalado la existencia de María, especialmente bajo el punto de vista de la profecía de Simeón:

> «Reina de los mártires, es la espada que traspasará tu corazón durante tu vida».

La estrofa central posiblemente sea la número 16:

> «Si el Rey de los cielos quiso que también su Madre sufriera la noche, la angustia del corazón, ¿no es entonces un bien sufrir aquí en la tierra? Sí... padecer amando es la más pura de las alegrías».

Teresa interpreta el misterio de María como si fuera una entrada en la noche, y de ahí deduce que también su noche, su sufrimiento amoroso, es una gran alegría. ¿Pero qué es lo que más le atrae de María?

> «Virgen llena de gracia, sé que en Nazaret viviste pobremente, sin pedir nada de más: tu vida, Reina de los elegidos, no estuvo adornada por éxtasis, ni por milagros o arrobamientos. Los pobres, los humildes son muchos en esta tierra; ellos, sin temor, pueden elevar los ojos a ti. Tú eres la Madre incomparable que les acompaña por el camino común para conducirlos al cielo».

A Teresa le seduce el hecho de que María vivió como ella misma desea vivir, en la pequeñez y en la prueba.

La última estrofa representa una especie de inclusión en la vida de la joven carmelita. En el *Manuscrito A* contaba que a la edad de diez años, encontrándose muy enferma, se dirige a la Madre del cielo pidiéndole de todo corazón que tenga piedad de su sufrimiento.

> «De repente, la Santísima Virgen me pareció hermosa, tan hermosa, que yo nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba una bondad y una ternura inefables. Pero lo que me caló hasta el fondo del alma fue la "encantadora sonrisa de la Santísima Virgen". En aquel momento, todas mis penas se disiparon».

Mientras escribía la poesía se encontraba muy enferma; es casi incapaz de respirar, y debido a ello termina de esta manera:

> «Y pronto escucharé esa dulce armonía; ¡en breve iré a verte al cielo! Tú que me sonreíste en la mañana de la vida, te acercas a sonreírme de nuevo... ¡Madre, ¡llega la noche! No temo ya el resplandor de tu gloria suprema; he sufrido contigo... y ansío ahora cantar sobre tus rodillas, Virgen Santísima, porque te amo... ¡y repetir por siempre que soy tu criatura!».

Resumiendo, Teresa contempla a María como la que entra en la prueba de la fe y, por tanto, está junto a quien se halla en la noche y en la prueba. En seguida nos vienen al recuerdo las palabras del Vaticano II: «La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe» (*LG* 58), pasando, pues, por las pruebas que comporta para nosotros la peregrinación de la fe.

La fe puesta a prueba del sacerdote

De las reflexiones precedentes, ¿qué se infiere para el sacerdote llamado a acompañar a quienes, en nuestro tiempo, viven la noche de la fe y de la esperanza?

Ante todo, el acompañamiento supone hacerse compañeros, sentarse a la mesa de los inseguros, de los incrédulos, de los confundidos. Obviamente, no se trata de entrar en la no fe, pues en tal caso uno se ahogaría con ellos.

Se trata, más bien, de participar de alguna manera –como hicieron María y Teresa– en la experiencia de quien tiene dificultad para creer o cree poco, cree mal, de quien ha perdido la esperanza o, por lo menos, el sentido de la vida eterna. No olvidemos que Teresa, a pesar de encontrarse en el umbral de la no fe y de temer incluso haber blasfemado, jamás cayó en la incredulidad; sin embargo, acompañó, permaneció junto a ellos.

Esto mismo debe sucederle al sacerdote; éste participa de la prueba de la fe no por falta de fe o por tibieza, sino por *ardor de fe*. No se pone a prueba la fe tibia, que se conforma con compromisos; no se pone a prueba la esperanza que continuamente busca gratificaciones y se lamenta si no las tiene.

Así pues, si nuestra fe y nuestra esperanza son apasionadas, estarán probadas; y como tales, nos permitirán vivir la compasión y el compartir. En otras palabras, únicamente nuestra entrada personal en estas pruebas nos hará capaces de acompañar a la gente que hoy se encuentra en la prueba de la fe y de la esperanza.

Podemos preguntarnos: ¿cómo se pone a prueba la fe y la esperanza del sacerdote? ¿Tal vez colocándose artificiosamente en una situación de duda?

Seguramente que no. Creo que la fe del sacerdote puede ser probada de tres maneras.

– Una forma de prueba *explícita* es la de la entrada en la noche del espíritu, de la que hablan (aunque de diferentes maneras) los grandes santos carmelitas (Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, Teresa de Lisieux y otros). Se trata de una prueba que puede señalar cualquier camino de fe. Tal vez no sea un túnel continuo e ininterrumpido hasta la muerte, pero sí un transitar por galerías de las que se sale de la oscuridad para ver la luz y luego se vuelve a las tinieblas. Y de esta prueba jamás queda exento el discípulo que quiere creer y esperar en serio. Y es providencial para el sacerdote; le permite estar muy cerca de quienes no esperan y no creen. Además de

esta prueba explícita descrita por los maestros del espíritu, quiero aludir a dos formas *implícitas* con las que el presbítero es puesto a prueba.

– La primera es el *fracaso personal*, que se experimenta cuando no obtenemos resultados proporcionados a nuestros esfuerzos. A la larga, es realmente una gran prueba de fe y de esperanza, que se expresa en la queja de: «He dedicado todas mis energías a esta comunidad... ¿Por qué el Señor no me ayuda? ¿Por qué no me responde por medio de mi gente?».

  ¡Dichoso el sacerdote que reconoce una prueba así como un camino providencial mediante el cual el Señor lo purifica y le concede esa compasión que se traduce en acercamiento a los incrédulos, en intercesión, en apoyo y guía!

– La segunda forma implícita de prueba (¡y habría otras muchas!) acontece cuando el presbítero experimenta la llamada *prueba institucional*. Experimenta el sinsentido, la pesadez, la viscosidad, las contradicciones de la institución de la Iglesia, de los superiores, las dificultades no solamente en la Iglesia o por ella, sino también de la Iglesia.

Es interesante observar que también Teresa del Niño Jesús sufrió las mismas dificultades durante los dos prioratos de la madre María de San Luis Gonzaga, la madre a la que le dirigió el *Manuscrito C* y en cuyos brazos morirá. El 20 de julio de 1897, encontrándose ya en la enfermería, Teresa le confió a la hermana:

> «Dios misericordioso se hace representar por quien él quiere; pero esto no tiene importancia alguna. Con ella sería algo humano; prefiero que sea solamente divino. Sí, lo digo desde lo más íntimo del corazón; soy dichosa de morir en los brazos de nuestra madre [madre María de san Luis Gonzaga], porque representa al Señor. [Sigue la anotación] *Había sufrido mucho por causa de esa madre Priora*».

Conclusión

Brevemente, deseo indicar algunos frutos concretos de la prueba de fe y de esperanza del sacerdote.

– El *primer fruto* es que el sacerdote comprende mejor, por experiencia, que hay creyentes incapaces de salir por sí solos de la oscuridad. Le sucedió a Teresa: en un

principio no lograba darse cuenta de la existencia de no creyentes sin culpa real; el negro túnel le hizo comprender que los hay y que sufren.

– El *segundo fruto* está precisamente en comprender el sufrimiento del estado de confusión de la falta de esperanza. Es más, este sufrimiento lo comprende mejor el sacerdote probado en su verdadera esperanza que el que no confía. De hecho, quien no cree o no espera, quien cree poco, se evade de la angustia buscando los *divertissements* (como los llamaba Blaise Pascal); es decir, conformándose con el trabajo, con el éxito, con la música, con la diversión, con los placeres, con la sensualidad, de tal modo que no advierte la terrible dentellada de la falta de sentido de la vida. Quien, en cambio, entra en la prueba de fe y de esperanza, como la carmelita o el sacerdote, renunciando a las diversiones, se da cuenta más dolorosamente, más amargamente, de la carencia de sentido de la vida y por ello puede comprender cuán penosa es la situación de los incrédulos y de los que están envueltos en la duda, aun cuando no quieran admitirlo.
– El *tercer fruto* consiste en el hecho de que el sacerdote experimenta una gran compasión y comparte con aquellos que tienen poca fe o poca esperanza, y está atrapado por el deseo de ayudarles.
– El *cuarto fruto* es que el sacerdote encuentra las palabras, el tono justo, los ademanes discretos para intervenir, a partir de la oración de intercesión; encuentra la manera de que se recupere la fe y la esperanza.

Termino con un episodio que concierne a otro testigo de la fe, que se inspiró en Teresa del Niño Jesús: Edith Stein, muerta en el campo de concentración de Auschwitz, beatificada por Juan Pablo II y que, como carmelita, quiso llevar el nombre de sor Teresa Benedicta de la Cruz. Teresa, en relación a Teresa de Jesús, cuya biografía dio un impulso decisivo a la conversión de Edith; Benedicta de la Cruz, en relación a lo que voy a contar.

De familia judía muy religiosa, Edith Stein era atea ya desde que tenía trece años; luego, entregada de lleno a la filosofía, había aprendido a sostener con argumentos su no creencia. Transcurrieron los años y, hacia el final del 1916, el joven filósofo Adolf Reinach murió en la guerra. Su mujer, Ana, muy amiga junto con Adolfo de Edith, le pidió que reorganizara las obras del marido. Edith aceptó con entusiasmo el trabajo, si bien con un cierto reparo, porque pensaba que no sería capaz de consolar a la viuda. Se

decía: «¿Cómo podré ayudarla, si está constantemente llorando por el suceso trágico que la ha herido?».

En realidad, la señora Reinach (que junto con Adolfo había pasado del judaísmo a la Iglesia evangélica, convirtiéndose en una ferviente cristiana) interpretaba la muerte de su marido como participación en la santa Cruz de Cristo y sabía que un día se reuniría con él para siempre. Su semblante marcado por el dolor aparecía transfigurado por una luz misteriosa; Edith jamás lo borró de su vista. Escribirá:

> «Fue mi primer encuentro con la Cruz, mi primera experiencia de la fuerza divina que emana de la Cruz y se comunica a quienes la abrazan. Me fue dado por primera vez contemplar en toda su resplandeciente realidad la Iglesia nacida de la pasión salvadora de Cristo, en su victoria sobre el aguijón de la muerte. Ése fue el momento en que mi incredulidad sufrió una sacudida, palideció el judaísmo y Cristo se elevó radiante ante mi vista: ¡Cristo, en el misterio de su Cruz!».

Que las figuras que hemos evocado, principalmente la figura de María Madre de los dolores y de la prueba, nos consigan entrar en el camino de la purificación para que ayudemos a tantos hermanos de nuestro tiempo angustiados por la prueba de la fe y de la esperanza.

6.

En el corazón de María

La devoción mariana hoy

La vivencia afectiva de la Virgen queda tan reservada, tan misteriosa que, aun intuyéndola riquísima, no nos es fácil expresarla a partir de las muy escasas palabras que de ella recogen los Evangelios.

La objeción que nos nace dentro, ante el intento de comprender su vivencia, es semejante a la de Naamán, jefe del ejército del rey de Aram, cuando el hombre de Dios lo invitó a ir a bañarse en el Jordán para curarse de la lepra: ¿por qué debía hacerlo? ¡Es demasiado simple! (cf. 2 Re 5,1ss).

A primera vista, los Evangelios dejan entrever tan poco de la afectividad de María que no nos suscitan el deseo inmediato de adentrarnos en ella; es más, los Evangelios, carentes de tonos emotivos en sus austeros relatos sobre la Virgen de Nazaret, parecen apoyar el punto de vista del protestantismo, es decir, el de reservar a la Madre de Jesús un lugar extremadamente marginal y de criticar ásperamente la cultura católica por su devoción a esta mujer.

Sin embargo, sabemos que Lutero sentía y vibraba profundamente en el misterio de María, como en nuestros tiempos Karl Barth y otros grandes «hermanos separados». En el protestantismo actual hay precisamente un relanzamiento de la reflexión sobre la riqueza de dicho misterio. En todo caso, la tradición común de las Iglesias protestantes considera la figura de la Virgen marginal y no digna de veneración.

Por otra parte, la tradición católica ha conocido en el pasado y conoce aún, en el pueblo, una comunión formidable de oración y de afecto con la vivencia emotiva de María, tradición que la elite católica de nuestro tiempo corre el riesgo de olvidar.

Desde el concilio Vaticano II a nuestros días, las elites eclesiásticas –sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos comprometidos– experimentan cierta afasia, casi un bloqueo ante una libre comunión de afectos con María, y piensan que dicha comunión sólo puede

ser apropiada para la gente simple. Por ejemplo, ante el fervor, la intensidad, el calor de la devoción del papa Juan Pablo II, estas elites sienten la tentación de decir: ¡forma parte de su nacionalidad polaca, de una sensibilidad distinta de la nuestra!

En realidad, debemos admitir que primero el movimiento ecuménico (influido por la piedad protestante y deseoso de no ofender a los hermanos separados) y después el Concilio han puesto de manifiesto la justa exigencia de mayor sobriedad, mayor apoyo en una liturgia bien elaborada, en la Escritura interpretada críticamente, también a propósito del misterio mariano. Toda esta recuperación tiene un valor inestimable. Sin embargo, se debe admitir que es siempre bastante difícil armonizar el espíritu crítico, dogmático, teológico, científico, con los impulsos del corazón propios de la devoción a María.

La consecuencia es que los impulsos del corazón se han apagado, provocando algunos contrastes: por ejemplo, una especie de desconfianza entre los sacerdotes educados antes del Concilio y los sacerdotes educados después del Concilio. Los sacerdotes ancianos afirman que sus hermanos jóvenes no aman a la Virgen, no rezan; crítica que rechazo cada vez que la oigo, aun cuando haya algo de esto en el aire. El daño que produce tal situación es más evidente en los movimientos separatistas y en los tradicionalistas, turbados por esa disminución de la devoción mariana. El éxito mismo de Radio María demuestra, a mi modo de ver, la existencia de una gran masa todavía hambrienta de formas tradicionales.

Otro contraste lo observo en las elites eclesiásticas: los sacerdotes viven, por decirlo así, una doble espiritualidad, una propia, más sobria, más rigurosa, más fría, más científica exegéticamente, y otra ajena, la de la gente en medio de la cual desempeñan el servicio pastoral.

Creo, pues, que ha llegado el momento de examinar la situación –que, repito, es fruto de una evolución necesaria y justa– con el deseo de volver a poner orden en la vivencia afectiva y emotiva nuestra y del pueblo cristiano, porque la consecuencia más temible es el apagamiento de los impulsos del corazón, de los impulsos afectuosos de la oración, que colman la vida y de los que nos ofrece ejemplos espléndidos un libro poco conocido de Léon Bloy, la novela *La mujer pobre*, donde habla varias veces, en forma autobiográfica, del santuario mariano de La Salette. Leyendo sus páginas, quizás las encontremos retóricas, excesivas, pero no dejaremos de sentir algo de nostalgia por la riqueza de esa vivencia.

Cito el libro de Bloy donde expresa sus experiencias en La Salette haciéndonos comprender el riesgo del apagamiento de los impulsos:

> «Había subido hasta allí siguiendo el consejo de un sacerdote sublime, muerto hacía años, que me había dicho: “Cuando penséis que Dios os ha abandonado, id a desahogaros con su Madre, sobre esa montaña”. ¿Qué puedo deciros? Apenas llegué a la cima y vi a la Madre sentada sobre una piedra y que lloraba con el rostro entre las manos, junto a una fuentecilla que parecía manar de sus ojos, caí al pie de la cancela y me abandoné a las lágrimas y a los sollozos, pidiendo gracia a aquella que fue llamada *omnipotentia supplex*. ¿Cuánto tiempo duró aquella postración? No lo sé. A mi llegada, el crepúsculo apenas había comenzado.
>
> Cuando volví a levantarme, débil como un centenario convaleciente, era noche cerrada y creí que todas mis lágrimas escintilaban en el oscuro cielo, porque me pareció que mis raíces se habían vuelto hacia lo alto. ¡Ah, amigos míos, qué impresión divina! En torno a mí, el silencio de los hombres; sólo se oía el rumor de la fuente milagrosa, al unísono de la música paradisíaca de todos los arroyos de la montaña y de vez en cuando, de muy lejos, las claras esquilas de los rebaños. No sé cómo expresar todo esto. Era como un hombre muerto al pecado, hasta ese punto había dejado ya de sufrir. Ardía con la alegría de los ladrones del cielo de quienes habla el Salvador Jesús. Un ángel, sin duda algún serafín cargado de paciencia, había deshecho hebra a hebra toda la trama de mi desesperación, mientras yo exultaba con la embriaguez de la santa locura, llamando a la puerta del monasterio donde se albergan los peregrinos».

Después, en el curso del relato, Bloy pone una objeción en boca de una persona que lo escucha:

> «¿Pero no creéis que para experimentar tales emociones religiosas en La Salette o en otro lugar, haría falta encontrarse en un estado de ánimo igual al vuestro en ese día, y haber pasado por los mismos sufrimientos?».

Nosotros diríamos: la experiencia de Bloy no nos afecta, es una vivencia emotiva cargada de una historia particular completamente distinta de la nuestra...

Continúa el pensador francés:

> «Amigo mío, casi me esperaba esta objeción. Y he aquí mi respuesta, que será clara: todos nosotros somos miserables y estamos afligidos, pero pocos hombres son capaces de mirar en el fondo de su abismo. Ah, sí, he pasado por dolores horribles –dijo con voz profunda que conmovió las entrañas de los dos oyentes–. He conocido la verdadera desesperación y me he dejado caer en sus manos de modelador del bronce. Pero, por caridad, no creáis que soy muy extraordinario. Mi

> caso parece excepcional sólo porque se me ha concedido sentir mejor que otros la inefable desolación del amor. Vosotros, que habláis, no sabéis cuál es vuestro infierno. Es preciso ser o haber sido un devoto para conocer bien la propia miseria y para enumerar la silenciosa caballería demoníaca que cada uno lleva dentro de sí».

Se trata de un testimonio muy oportuno, precisamente porque enseña que la riqueza de nuestra vivencia emotiva en sí y en relación con la Virgen, y nuestra percepción de la vivencia afectiva de María, están a menudo bloqueadas por el hecho de que no nos conocemos, de que no hemos penetrado en lo profundo de nuestro corazón y, por tanto, no nos mueven las cosas simples que, en cambio, quien ha vivido tales experiencias siente y vive. El apagamiento de los impulsos del corazón es, pues, peligroso.

Ahora quisiera sugeriros tres vías para viajar hasta las profundidades de nuestra vivencia confrontada con la de María y, viceversa, de la vivencia de María que advierte la grandeza de Dios, el horror del pecado y el infierno de la humanidad, de modo que se convierta en vivencia nuestra y podamos entablar con ella un diálogo de amor.

La primera vía es una invitación a la reflexión bíblica; la segunda, una invitación a la reflexión teológica sobre la vivencia sensible de María; la tercera, una invitación a la reflexión espiritual que nos viene de la referencia al Santuario de La Salette y de su montaña.

La vía de la reflexión bíblica

Antes he aludido al hecho de que los Evangelios no presentan sobresaltos emotivos de María. No se describe, por ejemplo, ningún llanto de María, mientras que se describe el de Jesús por la muerte de Lázaro o por Jerusalén. Sin embargo, yendo más allá de lo aparente y dedicándonos al trabajo de la imaginación –incluida la vía de la aplicación de los sentidos que encontramos en los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio–, podremos descubrir de nuevo en el Nuevo Testamento la riqueza interior y emotiva de la Virgen. En esto nos sirve de modelo la encíclica *Redemptoris Mater*; en ella el papa relee muchas páginas bíblicas marianas contemplando afectuosa y filialmente el misterio de la Virgen de Nazaret.

Sin embargo, basta meditar con atención algunas palabras simples pronunciadas por ella, como: «No les queda vino» (Jn 2,3); o bien reflexionar sobre la delicadeza de su visita a su prima Isabel y sobre su saludo (Lc 1,39ss); o bien sobre la turbación que

María experimenta ante el anuncio del ángel (Lc 1,29). Frente a tal turbación, podríamos indagar a fondo, en diálogo con la Virgen, para comprender su sentido de Dios, de sí y de la humanidad, para intuir las profundidades emotivas escondidas en la simple afirmación: «No tengo relaciones con ningún hombre» (Lc 1,34). Quizás hayamos reflexionado sobre ello en un nivel exegético, pero, en realidad, esa afirmación es la síntesis de un camino existencial.

Para ayudaras a penetrar en las experiencias de María, os ofrezco tres breves sugerencias.

– Ante todo, retomad alguno de los episodios marianos del Evangelio; mediante la imaginación y la aplicación de los sentidos llegaréis a captar las delicadezas de su corazón, indicadas por el texto apenas con una ligera vibración, pero que deja espacio –si tenéis o deseáis tener un corazón simple y lleno de afecto– a los impulsos interiores y abre caminos nunca recorridos antes.
– Prestad una especial atención al canto del *Magnificat*, conectado en particular con la oración de los Salmos. El *Magnificat*, cuando se medita lentamente y se paladea, nos permite penetrar la vivencia afectiva de una creyente como la Virgen, precisamente porque es una síntesis de todos los Salmos de alabanza del Antiguo Testamento y, a la vez, una síntesis de las bienaventuranzas.
– La tercera sugerencia es muy simple: pedid la ayuda de los misterios del Rosario, recitándolo lentamente y sumergiéndoos precisamente en el misterio.

La vía de la reflexión teológica

La segunda vía es el camino de la reflexión teológica. En este sentido, son útiles la encíclica *Redemptoris Mater*, la constitución dogmática del Vaticano II *Lumen Gentium* y la *Marialis Cultus*. Sin embargo, es preciso dar un salto hacia adelante, una especie de arranque en la experiencia afectiva y sensible de María.

No es fácil poner ejemplos, precisamente porque en este punto comienza esa subida de la que san Juan de la Cruz dice que «ya no hay camino», sino la sola montaña, hacia la cual cada uno debe subir con los ojos en la cima, porque ya falta todo sendero.

De todos modos, he encontrado en el volumen *La percepción de la forma*, de Hans

Urs von Balthasar, un párrafo titulado «Experiencia mariana de Dios», del cual cito

alguna expresión que muestra el esfuerzo de la penetración teológica:

> «En el punto de encuentro de todos los caminos entre la Antigua y la Nueva Alianza está la experiencia mariana de Dios, tan rica y misteriosa al mismo tiempo que difícilmente se puede describir. Pero es tan importante que siempre aparece de nuevo como el trasfondo de lo que se muestra abiertamente. En ella, Sión pasa a la Iglesia; en ella, la Palabra entra en la carne; en ella, la cabeza se une a los miembros. Ella es el lugar de la fecundidad sobreabundante».

Después Balthasar, refiriéndose probablemente a las intuiciones de Adrienne von Speyr, recurre también a los sentidos espirituales:

> «La encarnación del Verbo acontece en la fe de la Virgen. Ésta no se apoya propiamente en la aparición del ángel, sino enteramente sobre su palabra, que es palabra de Dios».

Es decir, estamos en la pura fe, donde todo se recibe sólo de la Palabra. Después comienza la experiencia de María:

> «Con el sentido ciego del tacto, con la sensación corpórea de una presencia [...] para extenderse con el nacimiento a la experiencia de ver y de escuchar. El desdoblamiento de la única conciencia natural del propio cuerpo, en ese estadio en el que la conciencia materna abraza aún los dos cuerpos, es como una imitación dentro de la economía del misterio trinitario, pero es también una imitación (la primera y la más estrecha) del misterio de las dos naturalezas en la única persona. En este estadio, la madre es todavía ella misma y el niño. Y su sentir al niño contiene aún completamente en sí el ser sentida por el niño».

Aun cuando tales palabras puedan parecer un poco artificiosas o aventuradas, intentan expresar –en el nivel teológico, más que bíblico– el inefable misterio de María. También aquí, el deseo es que María esté en nuestra casa y nosotros en la suya.

La vía de la reflexión espiritual

La tercera vía es una reflexión espiritual a la que nos empuja La Salette, una invitación a leer en la experiencia de los santuarios algo de la vivencia sensible de María, en particular cuando están dedicados a las lágrimas de la Virgen.

En la diócesis de Milán existe el Santuario de una Virgen llorosa en Rho, y otro en Treviglio; en Italia es famoso el de la Virgen de las lágrimas, en Siracusa. En Francia,

éste de La Salette.

¿Qué significado revisten para nosotros? Creo que nos recuerdan providencialmente dos exigencias.

– La experiencia de La Salette subraya esa vivencia de María que la devoción popular ha expresado, por ejemplo, a través de la recitación de los llamados «siete dolores y siete gozos» de la Vir-gen. Una devoción muy común en mis tiempos, que ayudaba a reflexionar sobre los sufrimientos y las alegrías de la Madre de Jesús, y cuyo contenido recuerda los misterios del Rosario. Sobre los dolores de María insisten también el *Stabat Mater* y algunas estaciones del vía crucis.

  La primera exigencia, en forma de invitación, es la de releer los relatos evangélicos en que la Virgen ha experimentado mucha alegría y mucho dolor, y esto nos lleva de nuevo a la vía de la reflexión bíblica.

– Hay más. Un santuario como éste de La Salette nos sumerge en la vivencia de María en su experiencia celeste. Escribe a este propósito Jacques Maritain, quien precisamente aquí, después de su conversión, se había preparado con su mujer Raïssa a recibir el sacramento de la confirmación, y meditó largamente sobre el llanto de María:

> «Si la Virgen lloró, si habló de ese modo, quiere decir que, en el conjunto de signos que los hombres pueden comprender, ningún otro podía expresar mejor la inefable realidad de cuanto acontece en el cielo».

En el cielo, Dios y María sufren por nuestra ceguera, por los caminos de perdición por los que se encaminan los hombres.

> «No por exceso, sino por defecto, pecan los medios de expresión que implican alguna imperfección o algún dolor real incompatible con la bienaventuranza».

Se trata de un problema bastante discutido: Dios, María, los santos que viven la bienaventuranza eterna, ¿pueden sufrir por los sufrimientos humanos? Hay quien afirma que no, y hay quien, en cambio, no quiere negar a Dios el sentimiento íntimo del sufrimiento propio de los hombres sobre la tierra. Maritain propone la siguiente solución teológica: sería demasiado poco hablar de *sufrimiento* de Dios, porque equivaldría a atribuirle alguna imperfección; sin embargo, no debemos atribuirle de menos, sino simplemente atribuirle *más sensibilidad*.

El llanto de María en el cielo no es igual a nuestro llanto: en realidad, ella tiene mucha más sensibilidad que cuanto podamos pensar al verla llorar. Prosigue Maritain:

> «Las lágrimas de la Reina del cielo distan todavía infinitamente de comunicarnos tal cual es el horror soberano que Dios y su Madre sienten por el pecado y su soberana misericordia por la miseria de los pecadores».

A través de lo que María vive en el cielo, se nos llama a arrojarnos en el abismo de la compasión y de la misericordia de Dios, en el abismo de su ira y de su sufrimiento, de todas estas cosas en cierto sentido innombrables, pero que son el reflejo de cuanto acontece en la tierra, retraducen en el nivel celeste lo que Jesús y María vivieron en su vida terrena.

Concluyendo: La Salette nos recuerda ante todo nuestra relación con Dios y la exigencia de conversión, de reconciliación, pero nos muestra también el rostro necesitado, sufriente, vulnerable de Dios, como hizo Jesús en su agonía y en su muerte.

La invitación a la reflexión bíblica se cierra con la invitación a la reflexión celeste, fruto de la experiencia de este y de otros santuarios y por ello, de algún modo, recordatorio providencial.

Ruego y deseo que cada uno de vosotros, en el silencio y la soledad, reflexione ante la figura de María sobre su propia vivencia afectiva, tras la estela de lo que he intentado proponeros y que quisiera dejarais penetrar en vuestro corazón.

7.

Puntos para una correcta pastoral mariana

En esta última meditación os propongo ampliar los horizontes, mirar más lejos, pensar en lo que nos espera en el compromiso pastoral.

En un primer momento, intentaremos responder a una pregunta práctica: ¿de qué modo María determina la vivencia afectiva del cristiano y del sacerdote? En el segundo, en cambio, reflexionaremos sobre cómo el sacerdote es educador mariano del pueblo.

María y la vivencia afectiva del cristiano

Pienso que es útil considerar, de forma preliminar, el modo en que María determina la vivencia afectiva del *cristiano en general*. De pronto, nos damos cuenta de que nos encontramos ante un territorio ilimitado e inexplorado; los documentos oficiales hablan poco de ello y, por tanto, debemos remitirnos a los testimonios prácticos. Es un territorio ilimitado precisamente porque constituye el *humus*, el sustrato profundo de toda la devoción católica a lo largo de los siglos, en particular en el segundo milenio.

Cada uno de nosotros puede evocar en su mente los que conoce y considera buenos y fervientes cristianos, y notar así una extraordinaria presencia de la vivencia afectiva determinada por el amor a María.

Entre los muchos ejemplos, quisiera leer la poesía de un laico, una vez más Léon Bloy, que no puede dejar de impresionarnos:

«Mi Señora Soberana amadísima,
no sé qué quiere decir
honraros en este o en aquel misterio
según lo que han enseñado vuestros amigos.

No quiero saber más que una cosa:
que vos sois la Madre dolorosa,
que vuestra vida terrena ha sido

un largo dolor también en la alegría
y que yo soy uno de los hijos de vuestro dolor.
[...] Me falta fe, esperanza y amor.
No sé orar e ignoro la penitencia.
No puedo nada y no soy sino un hijo del dolor.
No me reconozco mérito alguno,
ningún acto verdaderamente bueno
que pueda hacerme agradable a Dios,
pero soy esto, un hijo del dolor.
Vos sabéis que otras veces,
obedeciendo a un impulso
que me venía ciertamente de vos,
he invocado sobre mí todo el dolor posible.
A causa de ello,
estoy persuadido de que mi dolor,
que es grande y continuo, se os puede ofrecer.
[...] Y después, si Dios lo permite,
concededme ser vuestro testigo
en los tormentos de la muerte.
Os lo pido
por vuestro dulcísimo nombre de María».

En estas palabras se pone de manifiesto que la particular constitución de ánimo, ardiente y sufriente, de Bloy se vive con relación a María.

Pero la suya no es más que una de las diez mil, cien mil tipologías de relación profunda y afectuosa con la Virgen, que se configura en formas diversas y constituye el inmenso panorama de la piedad cristiana. Pienso, sobre todo, en tantas personas sencillas para las cuales el recurso a María a través del Rosario, las devociones, en todo caso la invocación cordial y rica en amor, es un aspecto determinante de la vida. Verdaderamente, a lo largo de los siglos, ha pasado a formar parte de la vivencia afectiva de millones y millones de fieles.

María y la vivencia afectiva del presbítero

Sin embargo, dejando a un lado esta visión más general, nos preguntamos: ¿cómo la presencia de María determina la *vivencia afectiva del presbítero*?

A este propósito quisiera distinguir tres categorías, según el modo en que la vivencia afectiva del sacerdote está hoy determinada por la devoción a la Virgen, por

haberla recibido en casa, entre las cosas propias, como Madre, junto a la cruz.

- En algunas figuras de sacerdotes, todo esto es muy tangible, a veces –nos parece– de manera incluso excesiva. Un ejemplo clásico en la historia es el de san Luis Grignon de Monfort, para quien el amor a María determina también una vivencia exterior, un estilo de hablar y de predicar. Otros ejemplos admirables los tenemos en los *Sermones* de san Bernardo y en los escritos de san Alfonso María de Ligorio. El mismo Juan Pablo II pertenece a esta tipología, porque su vivencia está fuertemente determinada por la relación afectiva con la Virgen.
- Hay una segunda categoría (quizás nos podamos reconocer en ella) donde la presencia mariana es más discreta, pero eficaz y profunda, especialmente en momentos clave de la jornada o del camino espiritual.

  Un ejemplo de tal tipología es sin duda Ignacio de Loyola, que fue muy admirado por John Newman antes de su conversión al catolicismo y que además lo convenció para entrar en una relación eficaz, pero ciertamente discreta, con María. Newman era consciente de que, en el Santo de Loyola y en su librito de los *Ejercicios Espirituales*, la Virgen está presente en las intercesiones más importantes y en todos los momentos grandes y decisivos del camino. Por lo demás, en la *Autobiografía* de Ignacio, es fácil notar que María, aun cuando no se menciona de continuo, está siempre sobre el trasfondo y aparece explícitamente en las circunstancias cruciales; Ignacio vive la filiación del Calvario, los sentimientos de Jesús hacia su Madre.
- Finalmente, hay una tercera categoría donde la presencia mariana es escasa, casi nula, y en todo caso carece de influjo sobre la vida.

Creo que nuestro ideal es el de tender a la segunda tipología; la primera es un don particular de Dios, favorecida por circunstancias históricas y no puede ser útil para todos.

Sin embargo, debemos dar un paso más y preguntarnos: cuando María entra, discreta pero eficazmente, en nuestra vida, ¿en *qué líneas* determina la vivencia afectiva del sacerdote?

De nuevo estamos en un territorio inexplorado teóricamente y, procurando resumir alguna intuición o experiencia, subrayo cuatro líneas de fuerza.

– La primera línea, hoy común y recuperada gracias a la reflexión bíblica y teológica, es la de María como *modelo del discípulo, del creyente*. A ello alude la constitución dogmática del Vaticano II *Lumen Gentium*, que ha sido retomada por la encíclica *Redemptoris Mater*: María es la que ha caminado en la peregrinación de la fe, «*in peregrinatione fidei processit*». Se trata de una temática bien expresada también en una oración litúrgica: «Oh Dios de misericordia, cuyo Hijo unigénito clavado en la cruz nos ha dado como Madre nuestra a su misma Madre, haz que tu Iglesia, sostenida por el ejemplo de la Virgen María, se alegre cada día por la santidad de los creyentes». Se ve a María ante todo como ejemplo.

  Indudablemente se trata de un filón muy rico, porque en él la Virgen se pone como modelo de relación con Jesús y nos hace participar de su relación con él.

– Hay después un aspecto que es más propiamente de intercesión: María es contemplada en su función de *Redemptoris Mater*, Madre de mi Redentor y del Redentor de mi pueblo. Es mediadora de intercesión ante Jesús por mi salvación y la de mi gente.

– Una tercera línea considera a María como *Madre*, a partir del momento en que se le confía al discípulo. Es mi Madre, Madre para mí, para mi pueblo, para aquellos que amo, es Madre de la compasión y de la reconciliación, y con ella se instaura una relación de confianza, de oración, de recurso fácil, casi de refugio (*Sub tuum praesidium confugimus*).

– El último aspecto, poco profundizado, es el de una relación auténtica con la Virgen, considerada como *imagen de lo femenino dedicado a Dios*.

Por lo tanto, no sólo como imagen de lo femenino, sino del alma femenina. Aquí vale la pena recordar la distinción junguiana entre *animus* y *anima*, que a su vez recuerda la distinción entre «principio petrino» y «principio mariano» expresada por Hans Urs von Balthasar.

Con la ayuda de María, descubrimos que en nosotros existe el *animus* que proyecta, ejecuta con tenacidad y eficacia, que piensa, que intuye con el intelecto que razona, pero que existe también el *anima* que, en cambio, intuye con las razones del corazón, está llena de ternura y de afectividad en la relación con Dios y con los hermanos.

La frecuentación amorosa de María nos permite reconocer mejor en nosotros el *anima* junto al *animus*, porque es en esa armonía de los dos, armonía diversa para cada

uno y, por tanto, capaz de crear muy diversas figuras espirituales, donde la persona alcanza la madurez.

Intentando resumir las cuatro líneas, me parece que la Virgen determina eficazmente los caminos del presbítero del modo siguiente. La fuerza de la compasión de la Virgen –que para nosotros es mediación del llanto de Jesús por Jerusalén– arrastra a un torbellino santo, que ordena nuestros sentimientos y afectos haciéndolos salir de una clausura mortífera en uno mismo y en el propio egoísmo afectivo (que a veces se puede vivir a dos), ayudándonos a entrar en esa amplitud y riqueza de sentimientos que son los suyos.

Si, como creo, es éste el movimiento dinámico con el cual María nos lleva, es preciso entonces penetrar en su horror por la ofensa a Dios, en su compasión por todos y cada uno de los hombres, en su corazón traspasado por la espada del dolor. Cuando aceptamos tal marco de referencia, experimentamos que el llanto de Jesús y de María actúan como dinamismo ordenador y redentor de una sensibilidad –la nuestra– a menudo desordenada, distraída, centrada en sí misma. Como consecuencia, la comunión con la Madre de la compasión nos lleva a sentir íntimamente (con los sentidos interiores) las realidades que valen y que se deben amar, las que no valen o que se deben temer y aborrecer, y, por tanto, a superar un sentimentalismo morboso y tentado por frivolidades en favor de un sentimentalismo profundo.

Los caminos marianos

Otra pregunta más: ¿cuáles son los caminos marianos concretos que el cristiano (y el presbítero) está llamado a recorrer?

Ciertamente caminos muy simples, como simple es el misterio de María: es decir, no deben añadir nada más a lo que ya tenemos a nuestra disposición. Así pues: caminos litúrgicos, teológicos, devocionales.

– El *camino litúrgico*, que nos forma en la relación justa con la Virgen, se nos ofrece en los formularios de las misas marianas y en el papel que María tiene en la Misa, particularmente en la Plegaria eucarística.

Se trata de indicaciones preciosas, que subrayan el valor de aquella máxima que pronunció Juan Berchmans, un santo mariano, cuando le preguntaron cómo

entrar concretamente en relación profunda con María: «*Quidquid minimum, dummodo constans*», cosas pequeñas, pero constantes. De hecho, la liturgia, en su desarrollo ordinario, evoca a María de forma mínima, moderada y, sin embargo, constante, no episódica.

– Los *caminos teológicos* nos los sugieren la constitución dogmática conciliar *Lumen Gentium* (María queda así situada en el misterio de la Iglesia) y la encíclica *Redemptoris Mater*.

  Entre las obras de los teólogos, considero útil dejarse guiar por algunos libros de Hans Urs von Balthasar sobre la Virgen, ricos de intuiciones que ponen en marcha la profundización teológica, además, naturalmente, del material que la teología dogmática ofrece como sistemática mariana.

– Entre todos los *caminos personales* que conocemos y en los cuales vale precisamente el principio del «*Quidquid minimum, dummodo constans*», deseo mencionar: la *lectio mariana*, «lectio divina» de los fragmentos marianos de los Evangelios o del Nuevo Testamento; el Rosario entero o en partes, como un camino muy eficaz compartido con María; las *peregrinaciones*, aunque sean breves, en algún momento de la vida de particular necesidad. Las peregrinaciones representan un modo de confiar a María situaciones y personas por las cuales nos angustiamos o sufrimos. Y, ciertamente, es muy útil la *constante memoria de la intercesión de María*, que se expresa en invocaciones simples, en jaculatorias que la hacen presente en la vida cotidiana.

Educarse y educar para una correcta devoción

Cuando el sacerdote ha comprendido que la relación con María es constitutiva del discípulo y, por tanto, vive una relación sincera y auténtica con la Virgen de Nazaret, se puede convertir en educador del pueblo. Un educador que no va detrás del pueblo aceptando, casi concediendo, una devoción que no aprueba del todo, sino que va delante, con una devoción que, en la medida del camino que ha recorrido, es a la vez cálida, intensa e iluminada, capaz de ayudar a la gente a discernir entre lo que hay de profundo y verdadero en ciertos gestos y lo que es superficial, artificioso, excrecencia inútil. En otras palabras, es capaz de llevar de nuevo a los fieles a las fuentes de esa relación personal con María que nace al pie de la cruz.

Predicación mariana

Un problema particular, que obviamente no podemos tratar de forma amplia, es el de la predicación mariana. En mis tiempos se daba una amplísima presencia de María en las prédicas, a veces muy retórica, gratuita: sermones enteros y frecuentes sobre la Virgen, y ningún sermón que no terminara con una invocación a la Reina del cielo y de la tierra.

Hoy, la adhesión a la Biblia, la atención al *texto bíblico litúrgico* han cambiado los modelos de predicación y, desgraciadamente, no hemos encontrado todavía el justo equilibrio entre el uso antiguo y la tendencia a no hablar nunca de María o a aludir a ella sólo de pasada.

Quizás deberíamos tomar como referencia modelos justos, sobrios y profundos de predicación. Juan Pablo II, por ejemplo, no descuida nunca los grandes temas kerigmáticos y eclesiales, pero coloca en ellos la presencia de María. Otro modelo, particularmente querido para mí, es el de la predicación del padre David Maria Turoldo, que une a una eficaz insistencia sobre los misterios de Dios, de Cristo, de la Iglesia, sobre los pobres y sobre la justicia social, un impulso mariano poético y hondamente sentido.

Creo que cada uno, ayudándose también con algunos ejemplos, debe ir calibrando poco a poco la presencia mariana, partiendo, obviamente, de la experiencia; porque esa presencia no puede darse en la predicación, si no hay previamente un auténtico camino personal.

A propósito de las manifestaciones actuales de María

Finalmente, quisiera detenerme brevemente sobre las muchísimas manifestaciones o presuntas manifestaciones actuales de María y sobre su significado. Es un fenómeno que el sacerdote, educador del pueblo en la devoción mariana, no puede ignorar.

Un libro reciente de René Laurentin enumera todas las llamadas apariciones de la Virgen más conocidas hoy en el mundo, y uno se queda estupefacto al constatar su elevado número. Son poquísimas las apariciones oficialmente aprobadas por la Iglesia: la primera, en orden temporal, es la de La Salette, después Lourdes, Fátima y alguna otra. Son muchas, en todo caso, las apariciones aceptadas. Por lo demás, gran parte de los grandes santuarios marianos, también de nuestras regiones, fueron construidos a raíz de

presuntas manifestaciones de la Virgen: así, el Santuario de Rho, por ejemplo, o el Santuario de Caravaggio.

Sin embargo, se podría pensar que, al crecer el espíritu crítico, no se registrarían ya apariciones, visiones, locuciones y, en cambio, se tiene la impresión de que aumentan.

Habitualmente no hacemos caso de ello, pero, cuando encontramos gente que cree en ellas, que afirma que se ha convertido en este o aquel lugar, que ha encontrado allí un nuevo estímulo de vida cristiana, nos quedamos un poco desconcertados. A menudo se trata de personas con las que, entre otras cosas, es verdaderamente difícil dialogar.

¿Cuál es la tipología de las manifestaciones marianas en nuestros días?

Por el número de las personas que me escriben exigiendo que el obispo o sus sacerdotes tomen postura, me parece que prolifera el género de las *locuciones*. Son muchos aquellos a los que la Virgen habla y después ordena que escriban sus palabras; conozco un libro –que ha llegado a vender centenares de miles de ejemplares– que recoge las locuciones recibidas por un sacerdote no diocesano, pero que vive en nuestra diócesis. El libro se titula: *La Madonna e i suoi prediletti* («La Virgen y sus predilectos») y ha creado en el mundo un tipo de espiritualidad. Se podría afirmar que las locuciones son ya innumerables.

También las *apariciones* –a menudo enriquecidas por locuciones a veces muy abundantes, como en Medjugorje– son numerosas.

Siguen las *lacrimaciones*, conectadas con las apariciones y, a veces, la sangre que brota de imágenes adosadas a un muro.

Podría continuar, pero sustancialmente la tipología se reduce a los primeros dos grandes modelos que he recordado: presencia visible, con o sin locución, y locución.

Al entrar en contacto con muchos de estos fenómenos, me he preguntado: ¿qué nos dicen y cuáles son sus mensajes?

De hecho, no pretendo ni darles demasiada importancia ni afirmar que se trata sólo de cuentos, porque entonces caerían bastantes santuarios que han marcado la piedad y la espiritualidad católica en los últimos siglos.

Dejando a un lado las manifestaciones aprobadas (La Salette, Lourdes, Fátima...), ante todo me parece que, en particular, en los últimos decenios, las presuntas locuciones repiten casi siempre las mismas cosas: exhortaciones a alguna virtud cristiana, especialmente la oración; exhortaciones a obras de piedad (peregrinaciones,

construcciones de capillas o de santuarios); no es raro que en los presuntos mensajes se dé un cuadro apocalíptico (guerras, carestías, catástrofes inminentes).

Otra característica de estas locuciones –situándome siempre desde un punto de vista crítico– es que son repetitivas y poco incisivas; también cuando se trata de palabras auténticas, son enormemente diversas del lenguaje bíblico, que es rico, siempre cargado de significado y estimulante.

Así pues, si por una parte no debemos declarar simplemente que todo es falso e inútil, por otra se debe captar la diferencia entre muchos de esos mensajes y el carácter incisivo de la Biblia.

Frente a tal situación, *¿cómo debe comportarse el pastor*?

Una solución sería la de no preocuparse y continuar apoyándose en la Escritura, en la tradición, en el magisterio. Pero alguno se pregunta: ¿no habrá quizás, en una u otra manifestación, un designio providencial? ¿Acaso no tiene una madre el derecho de amonestar a sus hijos? No deberíamos cerrarnos, pues, a todas las posibles presencias de María.

Lo más obvio consistiría en distinguir lo verdadero de lo falso, no en el sentido de que quien afirma la locución o el mensaje sea un falsario, sino en el sentido de que se puede tratar de formas de apasionamiento y a veces de ilusión psíquica. La Iglesia se comporta precisamente de este modo: ha aprobado poquísimas apariciones y se ha manifestado con declaraciones de falsedad, pero sólo en los casos en que lo exigía el bien de los fieles.

Sin embargo, la regla del discernimiento no es tan fácilmente aplicable, porque a menudo no se llega a emitir un juicio.

Añado, pues, alguna reflexión. Me parece que la sabiduría de la Iglesia nos ha sugerido algunos indicios verificables también allí donde se sigue reservando el juicio sobre el fenómeno en sí (es decir, sobre si es verdadero o falso).

El *primer indicio* es el de la sintonía del Evangelio con los contenidos del mensaje, con todos los contenidos y no sólo con alguno, quizás sacado de contexto.

El *segundo* es ver si las personas que viven tales experiencias son humildes, obedientes, reservadas. Me he encontrado con personas testarudas y totalmente encerradas en su propia convicción, y también con otras de una humildad extraordinaria. Obviamente, se debe prestar más atención a las segundas, mientras que a las primeras se les debe desalentar enseguida.

Un *tercer criterio* utilizado por la Iglesia, y por nuestro patrono san Carlos Borromeo en relación con el Santuario de Rho, consiste en observar si las apariciones y los mensajes procuran frutos de fe y de conversión auténtica. Interesante, a este propósito, es la historia de Rho: san Carlos, aun habiendo realizado indagaciones sobre la visión y lacrimaciones de la Virgen, no se pronunció; en su bula se limitó a declarar que, viendo acercarse a mucha gente a aquel lugar a rezar y observando buenos frutos, regulaba la afluencia de peregrinos dando un orden a la devoción.

Verdaderamente es una sabia solución: se renuncia a aprobar o a desaprobar la aparición o la visión, pero donde nacen frutos de fe evangélica, donde los videntes son humildes y los contenidos de los mensajes están en sintonía con el Nuevo Testamento, se da un reglamento para la devoción.

Otro criterio que tengo muy presente es el siguiente, confirmado además por la historia de la espiritualidad cristiana (basta pensar en Teresa de Ávila, en Juan de la Cruz o en Ignacio de Loyola): habitualmente, la mayor parte de las manifestaciones son para provecho de la persona que las experimenta, no para los demás. A quien me viene a contar una visión o una locución, le digo siempre: «Guárdeselo para sí, si le hace bien; no lo diga, no lo difunda, porque se trata de un don que Dios le hace». Esto ayuda mucho a las personas que están convencidas de su don, pero al mismo tiempo les priva del entusiasmo de referirlo a otros. El referir estos hechos lleva inevitablemente al fanatismo.

Cuando se da alguna manifestación pública, es preciso tener la posibilidad de intervenir (empezando por el párroco, a quien corresponde actuar en primer lugar) para reducirla a lo privado, *ad bonum personae*, evitando el mensaje público. Así no se verificarán daños originados por la curiosidad morbosa de la gente, curiosidad excesiva, verdaderamente desbordante, por la cual después cada uno pretende haber tenido él mismo una aparición, una palabra de lo alto. Si tomamos todas las cautelas que he indicado, se pueden discernir los frutos buenos y las utilidades oportunas.

En general, debemos decir que el Señor no se olvida nunca de nosotros, sea con la riqueza de la Escritura, de la Tradición, de los Sacramentos, del magisterio, de la comunión fraterna; sea también con algún toque particular que ayuda a personas concretas, y a veces a comunidades de personas, a comprender mejor la presencia de lo divino en el mundo.

A mí, de todos modos, me gusta mucho subrayar los *peligros* de las manifestaciones en sus diversas tipologías y los he expresado, por ejemplo, en relación con los fenómenos de Medjugorje, que han atraído a centenares de miles de personas. Hablo del peligro de favorecer una fe poco pura, que pretende signos tangibles, que no parte de la escucha de la fe, sino que cree sólo después de haber visto. Y la disminución de la fe es un daño gravísimo para la comunidad cristiana. Se corre el riesgo de crear generaciones de personas atentas y siempre dispuestas a trasladarse en coche o en autobús de un lugar a otro para captar un mensaje, para conocer a un vidente o una vidente, para asistir a manifestaciones carismáticas o a exorcismos.

El peligro es el de una fe morbosa, supersticiosa, empobrecedora, que debilite la simplicidad y la humildad de esa fe neotestamentaria ciertamente expresada en lo sensible, pero basada en una adhesión profunda y total a la Palabra, no en la búsqueda afanosa de signos, muy a menudo ambiguos.

Conclusión

La función del sacerdote es, pues, difícil, y se necesita una vivencia personal sólida, que nos permita ayudar a la gente en la verdadera devoción mariana.

Procuremos pedir insistentemente a María el don de una profunda vivencia afectiva en nuestra relación con ella, para así poder convertirnos en guías autorizados para muchas personas que esperan consuelo y aliento, que buscan remedio a heridas afectivas que no se cicatrizan y a veces lo encuentran en formas superficiales y, a la postre, decepcionantes.

Fuentes

Los textos presentados en este volumen se toman, con algunas adaptaciones, de los siguientes libros editados por Àncora Editrice:

1. La sierva del Señor

«Lo spirito di sacrificio e di consacrazione. La serva del Signore (Lc 1,26-38)», en C.M. Martini, *La donna nel suo popolo. Il cammino di Maria con gli uomini e le donne di tutti i tempi*, 2002[9], pp. 99-110 (trad. esp.: «El espíritu de sacrificio y consagración», en C.M. Martini, *La mujer en su pueblo. El camino de María con los hombres y las mujeres de todos los tiempos*, Paulinas, Madrid 1986, pp. 91-100).

2. La Visitación, misterio de encuentro

«“In quei giorni Maria si mise in viaggio” (Lc 1,39). Contemplazione della Visitazione e della scioltezza evangelica nelle relazioni», en C.M. Martini, *Sui sentieri della Visitazione. La ricerca della volontà di Dio nelle relazioni di ogni giorno*, 1996, pp. 17-33 (trad. esp.: «“Por aquellos días, María se puso en camino” [Lc 1,39]. Contemplación de la Visitación y de la libertad evangélica en las relaciones», en C.M. Martini, *Por los senderos de la Visitación: la búsqueda de la voluntad de Dios en las relaciones de cada día*, Verbo Divino, Estella 1997, pp. 23-42).

3. En busca de Jesús

«La concretezza della Croce. La perdita di Gesù nel tempio (Lc 2,41-52)», en C.M. Martini, *La donna nel suo popolo. Il cammino di Maria con gli uomini e le donne di tutti i tempi*, 2002[9], pp. 111-128 (trad. esp.: «Lo concreto de la cruz. La pérdida de Jesús en el templo [Lc 2,41-52]», en C.M. Martini, *La mujer en su pueblo. El camino de María con los hombres y las mujeres de todos los tiempos*, Paulinas, Madrid 1986, pp. 101-115).

4. Al pie de la cruz

«La salvezza che Gesù propone dalla croce», en C.M. Martini, *L'evangelizzatore in san Luca*, 2000[11], pp. 129-139.

5. María y la noche de la fe de nuestro tiempo

«Maria e la notte della fede del nostro tempo», en C-M. Martini – G. Gaucher – O. Clément – J.-M. Lustiger, *Nel dramma dell'incredulità. Con Teresa di Lisieux*, 1997, pp. 91-110 (trad. esp.: «Maria y la noche de la fe de nuestro tiempo», en C.M. Martini et al., *En el drama de la incredulidad*, Verbo Divino, Estella 1998, pp. 107-130).

6. En el corazón de María

«Il sensibile nella vita di Maria», en C.M. Martini – G. Barrette – F. Brovelli, *«Da quel momento la prese con sé». Maria e gli «affetti» del discepolo*, 1995, pp. 73-85 (trad. esp.: «Lo sensible en la vida de María», en C.M. Martini et al., *Y el discípulo la acogió en su casa. María y los «afectos» del discípulo*, Verbo Divino, Estella 1996, pp. 57-72).

7. Puntos para una correcta pastoral mariana

«Per una corretta pastorale mariana», en C.M. Martini – G. Barrette – F. Brovelli, *«Da quel momento la prese con sé». Maria e gli «affetti» del discepolo*, 1995, pp. 107-123 (trad. esp.: «Para una correcta pastoral mariana», en C.M. Martini et al., *Y el discípulo la acogió en su casa. María y los «afectos» del discípulo*, Verbo Divino, Estella 1996, pp. 95-114).

Agradecimientos

La Editorial Sal Terrae manifiesta su agradecimiento a las editoriales que han concedido su autorización para reproducir selecciones del siguiente material protegido por los derechos de autor:

A **Ediciones Paulinas**, por los extractos de:
– *La mujer en su pueblo. El camino de María con los hombres y las mujeres de todos los tiempos*, © 1986.

A la **Editorial Verbo Divino**, por los extractos de:
– *En el drama de la incredulidad*, © 1998.
– *Por los senderos de la Visitación: la búsqueda de la voluntad de Dios en las relaciones de cada día*, © 1997.
– *Y el discípulo la acogió en su casa. María y los «afectos» del discípulo*, © 1996.

Índice